

Los Ensueños de Don Silvestre

Roberto López Moreno

Allegro

EL RENACUAJO PASEADOR

Un día, una vez un rano..., pero esa palabra no existe ni en nuestro lenguaje común, ni en el diccionario, ni siquiera en la lengua de los que se dedican a contar los cuentos más fantásticos. Entonces diremos que un día una vez un rana, mejor que decir un rano, por ejemplo, se puso a cantar..., croa, croa; pero no cantaba, hablaba, con esa voz con que las ranas y los ranos se ponen a recitarle versos a la luna.

Pero ese día, esa vez, aquel rana, al que terminaremos por decirle renacuajo para quitarnos de problemas (aunque éste fuera ya más que una larva con cola y respirando por las branquias), en verdad no recitaba. No, se quejaba con aquel croar insistente de su vida en un mundo pequeñito, que no iba más allá

de un charco que se formaba después de las lluvias de mayo.

¿Qué, no habrá más mundo —se preguntaba—, que este pequeño horizonte humedecido, ni más banquete que esta frugal ración de moscas aburridas, aprisionadas en su propia red de zumbidos? ¿Qué no hay más cosas que vivir que la insistencia de esta atmósfera estrecha? Y así se pasaba las horas el inquieto renacuajo diciéndole a la noche: croa..., croa..., croa..., croa, croa, croa, croa, croa, croa, croa, croa, croa.

Una vez un día, después de mucho pensarlo, de mucho croarlo hacia los cuatro puntos cardinales, este renacuajo de espíritu andariego decidió darle cumplimiento a su destino. Hizo un ligero envoltorio, lo izó en la punta de una vara y echándose al hombro vara y envoltorio, se fue a descubrir nuevos mundos más largos y más anchos que el pequeño y húmedo mundo en el que había nacido. Un solo croa

prolongado y lastimoso fue su adiós. Nadie lo volvió a oír croar por aquellos lares.

Nuestro renacuajo paseó su mirada vidriosa por muchos lados, saltando de asombro en asombro. Se convirtió en todo un renacuajo paseador. Se convirtió en todo un renacuajo (una rana, pues), descubriendo el titipuchal de mundos que era su mundo. El señor don rana, el renacuajo paseador, se vio transformado en un turista de altos vuelos, o más bien, de altos brincos.

Escaló las nieves del Popocatepetl y el Iztaccíhuatl. Ahí conoció el catarro. Navegó sobre las aguas del Río Papaloapan. Ahí estornudaba mariposas. Conoció los antiguos salones de baile de la Ciudad de México. Ahí aprendió a croar danzones. Entabló amistad con obreros y estudiantes. Supo que existían las cárceles y los hospitales.

Qué manera de conocer la vida a puro golpe de ancas de rana –o de rano, si se busca mayor precisión–, a puro brincar sobre los recuerdos, y sobre los porvenires, con los ojos saltones a fuerza de ver tantas cosas.

Aquellos ojos de tamaño exagerado que no admitían ni pupilentes ni catalejos, se fueron alimentando de las verdades (con sus correspondientes mentirijillas), que florecen en los caminos y en las ciudades. Los ojos del renacuajo paseador eran dos mundos ellos mismos.

Así, así, el renacuajo paseador fue un magnífico aviador, de trenes fue conductor y capitán de un vapor, en Xochimilco remero..., y en buen verso, remador, y en la escuela de la vida tuvo un diploma en su honor, un título que decía: “Renacuajo Paseador”.

Una vez una noche, el renacuajo paseador entró a una sala de conciertos. ¡Qué mundo tan asombroso! —se dijo—. Todo estaba alumbrado con sonidos de los más diferentes colores. Saltó al escenario para recorrer absorto las hileras en las que estaban dispuestos los más raros instrumentos. Aquello era un embrujo.

Ante la increíble cascada de sorpresas que estaba viviendo en esos momentos hubo algo que le subyugó con mayor fuerza. De pronto, sus ojos acuosos descubrieron un sol que en su redondez retrataba el resto de la sala. Era una dorada rueda metálica cuyo centro oscuro le llamaba en forma poderosa. El renacuajo paseador se fue dejando vencer por aquella atracción irresistible. Dio un salto fenomenal y se dejó engullir por aquel sol brillante. La rueda de metal recibió impecable la zambullida ranil.

Desde aquella ocasión, cada vez que un director de orquesta levanta la batuta, el trombón deja escapar

por su boca dorada un profundo “croa croa” que sale a pasearse gustoso por todos los rumbos del mundo.

DUO PARA PATO Y CANARIO

Y resulta que un buen día se encontraron el Canario Pitirripipí y el Pato Cua Cuá adentro de la enorme bolsa de la tarde. Como estaban hasta el fondo y en esas condiciones era materialmente imposible salir del gran saco de color gris, tuvieron que convivir un rato largo hasta que llegara la noche a desatar su encierro.

El Pato Cua Cuá era hijo de la señora Prosa de Cua Cuá y el Canario Pitirripipí, de don Verso Pitirripipí y Pipí, por lo cual, aunque los dos, Pato y Canario, vistieran plumas, sus diferencias morfológicas eran ostensibles. ¿Quién podría dudar que en semejantes circunstancias ambos plumíferos se miraran inmediatamente con recelo? Claro, nadie,

porque los seres están acostumbrados a establecer diferencias aristocráticas apoyados en cualquier elemento distintivo.

Pero resulta que por una coincidencia, de esas que suelen suceder a cada rato en nuestras vidas, tanto el Pato Cua Cuá como el Canario Pitirripipí tenían azuladas aspiraciones de llegar a ser famosos cantantes de ópera. Y se sabe que desde muy pequeños paseaban por las escalas musicales, por lo que a estas fechas ya habían recorrido varias veces los escalones que llevan a la tierra hasta las nubes y viceversa.

Como el Pato Cua Cuá tenía una inveterada propensión a chapotear en cuanto charco se encontraba en su camino, se fue poniendo ronco, ronco, pero jamás perdió el ritmo.

Entonces tomó las características que debe poseer en cualquier compañía de ópera todo bajo

profundo. Por su parte, al Canario Pitirripipí también le habían afectado los fríos vientos de las alturas por donde solía entretenerse; solamente que a él le ocurrió un fenómeno a la inversa, su voz tomó tal altura que parecía como si también a ella le hubieran salido alas para pasearse por las ondas más elevadas del aire. Era, pues, un consumado tenor.

Y así fue como esa vez Pato y Canario se encontraron adentro de la enorme bolsa de la tarde. “Qué sujeto tan ridículamente chiquito y qué vocecita tan chillona tiene”, comentó para sí el Pato Cua Cuá al observar a su compañero, al que de inmediato miró con menosprecio. “Qué desperdicio de plumas”, siguió pensando burlonamente.

Sólo que el Canario Pitirripipí hacía también sus propias reflexiones: “Tosco y feo es este tipo que cuando habla parece que se hubiera tragado un tirabuzón”. Y revoloteando en torno del pato, molestaba a éste cantándole una copla estridente que

dice que decía: “¿Quién es este animal raro? Se mueve como badajo y en la garganta atorado tiene un hermoso estropajo?”.

Y así pudieron haber pasado todo el tiempo, el hijo de doña Prosa de Cua Cuá y el de don Verso Pitirripipí y Pipí, si no hubieran advertido que las horas seguían acumulándose sobre sus cabezas y nadie llegaba a desatar la enorme bolsa de la tarde, para que así se fueran a dormir tranquilamente.

La desesperación de Pato y Canario hizo que se fueran olvidando paulatinamente de sus diferencias. ¿No se adornaban acaso ambos con vistosos trajes emplumados? ¿No conocían los dos tanto los secretos de las nubes, como los rumores de la tierra? ¿No eran uno y otro dos futuras estrellas de la ópera? Pero ahora estaban atrapados por la tarde y era necesario romper la bolsa gris que los envolvía. Los hijos de doña Prosa y don Verso (“poema”, aclaró el Canario Pitirripipí). Los hijos de doña Prosa y don Poema

decidieron unirse para crear el Prosema con un pico largo y bien entonado con el que desgarrarían la bolsa de la tarde.

Y así lo hicieron. Y llegó la noche. Y se fueron a soñar como si nada hubiera pasado. Y cuentan los entendidos en cuestiones de ópera, que cuando la tarde se cierra sobre las lagunas y los árboles, se oye el dúo de Pato y Canario llamando con sus picos a los buenos sueños. Pitirripipí Cua Cuá, Pitirripipí Cua Cuá. Pitirripipí Cua cuá. Cua ... Cua... Cua... Cua... Cua... Cuaaaaaaá...

EL TECOLOTE

A Liudmila Yivkova

—Uúhhhh uúhhhh uúhhhh uúhhhh

Al entrar la noche, el tecolote que andaba merodeando por esos rumbos desde hacía algunas semanas, refugiado entre las frondosas parras que se encuentran más allá de los tecorrales, por donde se oyen con mayor claridad los murmullos del río, emitió su sonido.

—Uúhhhh uúhhhh uúhhhh uúhhhh

Repitió con insistencia, como queriendo avisarles a todos de su presencia misteriosa que crece inflada de plumas entre la espesura de las sombras rurales.

—Uúhhhh uúhhhh uúhhhh uúhhhh

Así dijo el tecolote

—Uúhhhh uúhhhh uúhhhh uúhhhh

Así, dijo el tecolote, y muchos metros más allá, en donde empieza el caserío, Metztli dijo en voz baja: “Cuando el tecolote canta el indio muere”.

Metztli era una bella muchacha, quizá la más bella de un pueblo que como ya habíamos dicho, se arrullaba todas las horas y los días con los murmullos del río. Ella era descendiente de los más antiguos habitantes de esas tierras, de hombres que con grandes esfuerzos y con su inteligencia habían creado imponentes palacios de piedra y edificado una cultura con la que eran capaces de descifrar los hermetismos del universo.

La belleza de Metztli era indescriptible, tal era, que deslumbraba con su presencia al resto de los moradores de ese pueblo, a los diversos animales del campo: el Conejo Saltaditos, la Hormiga hacehace, la Cotorra Güirigüiri, el Burro Filósofo y a todos los

demás seres que alegran con su existencia los días y las noches.

Metztli, la bella, era hija de una familia de campesinos y todos los campesinos de esa región eran descendientes de aquellos hombres que hicieron los palacios de piedra y aprendieron a leer los diferentes signos del cielo.

Ahora la familia de Metztli, al igual que las demás familias que convivían en la planicie aquella, se dedicaban a labrar la tierra y en sus labores era acompañada diariamente por la Hormiga Hacehace, el Conejo Saltaditos, la Cotorra Güirigüiri, el Burro Filósofo y muchos otros animalitos bullangueros. En recuerdo a los hombres de los que descendían, muchos nombraban a los miembros de estas familias con la palabra: “indios”. Los indios eran seres como todos los demás, que trabajaban y pretendían disfrutar del producto de su trabajo, como todos los demás.

Pero entre esta gente había también raras creencias, como ésa que les hacía repetir cada vez que el tecolote hacía uúhhh uúhhh uúhhh entre la oscuridad de las frondas: “Cuando el tecolote canta el indio muere”.

Un día de tantos, la india Metztli, la bonita, se enamoró de un joven trabajador del campo y después de muchas noches de serenatas acompañadas con tonadas de grillos y canciones del río murmurador, terminaron contrayendo matrimonio.

Era mucho el amor que Metztli sentía por la vida, por eso en las noches iluminadas solía platicar con los diferentes rayos de luna que entraban por su ventana y con luna se vestía, y con luna alimentaba su cuerpo y sus sueños; pequeños pedacitos de luna que tenían los sabores más finos de la miel eran saboreados por Metztli, la linda, la bonita.

Así fue como poco a poco le fue creciendo el vientre, eran pedacitos de luna los que le crecían adentro cada mes que pasaba a la orilla del pueblo y a la orilla del río. La luna, por su parte, bajaba todas las noches a proporcionarle su alimento diario, su ración de luz con sabor a miel.

Así paso el tiempo y después de varios meses de una vida compartida con el Conejo Saltaditos, la Hormiga Hacehace, la Cotorra Güirigüiri, el Burro Filósofo y muchos otros animalitos bullangueros, una noche volvió a aparecer el viejo tecolote entre las parras que están más allá de los tecorrales, con los ojos tan abiertos como el cielo, con el plumaje palpitando como el cuerpo de la bella Metztli.

—Uúhhhh uúhhhh uúhhhh uúhhhh

Así dijo el tecolote a las doce de una noche profundamente oscura. -Uúhhhh uúhhhh uúhhhh uúhhhh dijo el tecolote y a esa misma hora mientras

el tecolote cantaba, del vientre de Metztli un niño indio nacía. El niño indio nació iluminado el campo; era un niño que en sus ojos tenía los resplandores de la luna, igual que todos los niños que nacen en el planeta.

JANITZIO

—Chas.

Había una vez, hace tanto, tanto tiempo, que viene siendo el tiempo de hoy, un país lleno de maravillas en donde pronunciar la palabra “chas” significaba lo que en nuestro idioma entendemos como “hora”. Esto era en la vieja Rusia, que de tan antigua es tan actual. Cuando en aquellas regiones la gente decía “chas”, la hora que era todas las horas que habían pasado y las que vendrían, bajaba a pasearse por las calles de Moscú y de otras ciudades similares, a enredarse en las doradas cúpulas de las iglesias, cúpulas que tenían la forma de enormes cebollas y que parecían haber sido arrancadas de las páginas en donde viven los más fascinantes y antiguos cuentos

orientales. Decir “chas” en Moscú era decir el tiempo de ayer, de hoy y de mañana.

—Chas.

En el idioma inglés, ese mismo sonido, pero dicho con la boca chueca, como si acabara de salir de una aguda parálisis facial y agregándole gráficamente “e”, así. “chase” significa perseguir. Ese era el grito que se escuchaba de continuo sobre las extensas planicies reseca y rocosas de Texas, Arizona, Nuevo México o California cuando se daba caza a prolíficas manadas de búfalos, entre polvaredas espesas y escándalos de jinetes fatigados y enfurecidos. También tras ese grito, ejércitos de “caras pálidas” trabaron combates contra tribus de apaches y pieles rojas. Las llanuras se estremecían en fragor de lucha en el momento en el que las flechas y la pólvora se mezclaban y los aullidos y las voces de guerra cabalgaban con estruendo.

—Chas.

Con una ligera variante en el sonido, los antiguos mexicanos del sur decían “chac”, y con esa sola palabra estaban diciendo la vida, porque decían acerca del agua. Chac era el dios del agua. Al dios Chac se le hacían fiestas y se le rendían ofrendas porque gracias a él, a su amor por los mexicanos de entonces, los campos florecían y las siembras fructificaban. El tiempo caminaba con la fuerza del agua, con el poder de Chac.

—Chas..., chas...

El tiempo pasaba lentamente sobre el agua. Juanito Pescador hundía el remo en la oscura masa líquida, con ritmo suave. Era muy niño y no sabía aún de antiguas y bellas historias orientales ni de bárbaras carreras sobre los desiertos, él había empezado por aprender los secretos del agua, que a esas horas de la

madrugada guarda rumores fresquesitos, olorosos de humedad.

En la madrugada salían los pescadores de la pequeña isla de Janitzio y Juanito con ellos, para deslizarse suavemente sobre las quietas aguas de la laguna de Pátzcuaro en pos del pez blanco. Los utensilios propios para la pesca eran unas peculiares redes que salían por ambos lados de las barquitas y que eran hundidas en forma alterna en el agua, con una cadencia musical en la que predominaba aquel chas, chas, chas, chas, chapaleando entre las sombras. Parecían alas bajando a acariciar el agua.

—Chas..., chas...

Los pescadores de Janitzio conocían las rutas y los secretos de la laguna y Juanito Pescador también había empezado ya a hacer suyo ese lenguaje de signos nocturnos. Cuando aquellas redes que parecían alas desplegándose en las sombras, sacaban de las

entrañas cristalinas del dios Chac un puñado de pececillos blancos, Juanito Pescador sabía que en esos momentos palpitaban entre sus redes los suspiros de una bella princesa purépecha amarrada con sogas de soledad al fondo de la laguna. A lo lejos, desde la orilla, se desataba con la ayuda de una guitarra que siempre permanecía despierta, la voz del cantor Camarillo:

“Y como esa princesa
nunca supo de amores
por eso es la virgen
de los pescadores,
por eso es la virgen
de los pescadores...”

Juanito Pescador sentía mucha ternura por la princesa cautiva y por eso tomaba entre sus manos, con sumo cuidado, los suspiros palpitantes, con forma de pececillos blancos, mientras esperaba el día señalado para rescatarla. Para ello contaba con la

ayuda de alguien que, poco a poco, se había ido haciendo un íntimo amigo suyo, el tiempo...

—Chas..., chas..., chas..., chas...

En eso soñaba Juanito Pescador frente a la isla de Janitzio. Paulatinamente iba amaneciendo. Los remos y las redes se movían cadenciosamente; el tenue chas chas volaba entonces entre las alas del viento mientras el agua de Pátzcuaro se poblaba de mariposas.

ALCANCIAS

¿Alguién ha escuchado alguna vez que un cerdo haga koing koing koing koing cuando tiene hambre, cuando tiene frío, cuando tiene sueño junto al caserío? Seguramente que nadie, porque lo más probable es que lo que hayamos observado en estos casos, es la emisión de un acento parecido a éste pin-tín pin-tín pin-tín.

Por lo menos así es como hacen los cerdos a los que me refiero. Son unos rebozantes y risueños cochinitos pintados de colores, que por montones adornan con su reluciente presencia de barro cocido, los puestos de los mercados o los tenderetes

prodigados por el piso durante las bulliciosas noches de feria en las villas apartadas o en las barriadas populosas de las ciudades.

Se trata pues, de esos cochinos de barro, siempre risueños, siempre pintados con colores chillantes, con las orejas atentas, sentados sobre sus cuartos traseros, en espera de la moneda que al caer por la ranura que tienen en el lomo, hasta el centro de la barriguita ávida, produce el nítido pin-tín del que hablaba al principio.

Alcancías; son las alcancías risueñas y musicales. Son marranitos que no hacen koing koing koing, como los del resto del planeta, sino que hacen pin-tín pin-tín pin-tín, con el sonido de la tierra. Panchito Teutle gozaba de la compañía de uno de esos cochinitos, que sus papás le trajeron del mercado. Era feliz al lado de su nuevo amigo.

Lo primero que hacía todas las mañanas, al despertar, era dirigir la mirada al sitio donde había dejado su cochinito la noche anterior. Y el animalito allí estaba, fiel a la amistad, guardián infatigable durante las horas nocturnas de Panchito Teutle, esperando su alimento matutino, introducido por la pequeña ranura de su lomo.

Pero un día, al despertar Panchito Teutle y dirigir ansioso la vista al sitio donde esperaba ver al sonriente marranito, al que había puesto por nombre Koing –como le dijeron que hacen los marranos en otras partes-, se encontró con que el animalito estaba con una cara larga, con una tristeza opaca que le llegaba hasta la enorme papada de barro. Sus colores habían perdido brillo, unificándose en tonos grisáceos. Eran colores que ya no reían como ríen en los mercados, ahora tenían una sombra ceniza lindante con la tristeza. Ahora Koing no hacía koing ni pin-tín y tampoco suspiraba, solamente de sus ojos se desprendía una cristalina lágrima, como gotita de

rocío, resbalando lentamente por las mejillas de barro hasta estrellarse en el suelo.

Profundamente preocupado, Panchito Teutle se dirigió al sitio en donde con tanta pena se envolvía la pequeña figura de Koing, para preguntarle a éste qué le pasaba. A duras penas el cochinito pudo hablar desde su garganta de barro cocido: e-e-e-e-s-s estoy estoóoooy con-con-con-con-geeeestionado.

Con rapidez, Panchito Teutle revisó la barriguita del marrano y se dio cuenta que en realidad el pobre Koing estaba grave, atestado de monedas; por la ranura aparecían los filos redondos del metal que difícilmente cabía en el lomo curvo; ya que no se diga cómo estaba aquel vientre rechoncho y retacado. Koing, el pobrecito de Koing no hacía pin-tín pin-tín pin-tín, ahora hacía ay ay ay ay.

Panchito Teutle, preocupado, decidió auxiliar a su amigo; con paciente atención se dedicó a

descongestionar a Koing, desalojando del interior de éste el mayor número de monedas que pudo. Lo acarició con cariño mientras Koing le dirigía miradas de mejoría y agradecimiento. Koing recobró lentamente la salud y los dos la alegría.

Para lo sucesivo, con el fin de que Koing se restableciera completamente, Panchito Teutle le administró un régimen alimenticio contrario al que le había provocado al cochinito tan aguda indisposición. Ahora ya no lo alimentaba sólo con monedas; el régimen dietético vario considerablemente, pues la ración alimenticia se componía esta vez de las ilusiones y los más hermosos sueños que Panchito Teutle iba acumulando durante la noche. Los buenos sentimientos y los pensamientos bellos de Panchito Teutle empezaron a fortalecer a Koing, quien todas las mañanas le daba los buenos días a su amiguito con la mejor de sus sonrisas.

Este breve relato hubiera concluido con las clásicas palabras: “y vivieron muy felices”. Pero resulta que una vez que Panchito Teutle vio a su amigo totalmente recuperado, tuvo un agradable pensamiento y con urgencia se dirigió al mercado, específicamente a los sitios en donde estaban en exhibición los otros hermanitos de Koing.

Entonces se dio cuenta de que todas las alcancías le sonreían desde sus sitios, dándole las gracias con casi inaudible pin-tín pin-tín pin-tín pin-tín, y no sólo las alcancías, sino que la vida toda, desde su cara de barro, con una alegría solidaria había adquirido los sonidos de la primavera pintada con los más bellos colores de la música que envuelve al mundo.

Allegro ma non troppo

BAJO EL SIGNO DE LA MUERTE

“El pontífice romano
y todos los concejales
y el jefe de la nación
en la tumba son iguales
calaveras del montón”

Taller de Venegas Arroyo

No sólo los niños estaban viviendo intensas horas de felicidad, también los adultos, gente que procedía de diferentes esferas, que había llegado incluso de otros barrios, todos convivían en medio de aquella música estridente y aquel chisporrotear de luces. El papel de

china, recortado en largas tiras sujetas desde las azoteas de las casas, atravesaba las calles con sus risotadas de colores.

Desde temprano se habían iniciado las actividades de fiesta con la competencia del “palo encebado”, en la que se probaban los muchachos más audaces del rumbo, tratando de ascender sobre un alto tronco embadurnado con cebo, en cuyo remate, allá, cerca de las nubes, colgaban diferentes artículos: rebozo, pantalón, cubeta, chamarra, cobertor, ramo de flores..., destinados a quien triunfara en la empresa.

Esta era ya la hora de las competencias terrestres, como aquella carrera en la que participan jóvenes con los cuerpos metidos en costales de yute amarrados a la cintura, empeñados en alcanzar una meta colocada a muchos metros de distancia, que eran recorridos entre vallas de entusiasmo y aplausos y gritos de aliento en apoyo a los diferentes competidores. La justa, en tales condiciones,

propiciaba escenas chuscas que sacudían de hilaridad a los presentes.

Los niños no sólo estaban viviendo intensas horas de felicidad sino que se habían apoderado de gran parte de la fiesta, haciendo suyo un extenso territorio que iba de los juegos mecánicos hasta el orillado lugar en el que un merolico hacía moverse, mediante ciertos “pases mágicos”, a la “calaca Ciriaca, despiporradora y flaca”.

Adelante de donde el merolico hacía moverse mediante ciertos “pases mágicos” (por medio de hilos ciertamente invisibles) al pequeño esqueleto de plástico, un grupo de niños cirqueros efectuaban evoluciones en torno de una persona mayor que se movía cómicamente dentro una funda negra dibujada en su exterior con figuras de huesos humanos, siguiendo el ritmo de un tambor percutido en algún sitio por alguien perteneciente al bullicioso grupo.

Entre los niños que se divertían estaba Crispín que –no era su nombre verdadero-, pero sus amigos así le decían por culpa de sus pelos “crispados”, los cuales se le ponían de pie sobre la cabeza, como implacables espinas de maguey que no cedían ni ante los engrudos más anunciados por la televisión. Pero Crispín, el de los pantalones cortos; Crispín el de los calcetines enrollados en los tobillos sucios como las pantorrillas, las rodillas y él; Crispín el de los pelos como alambres puntiagudos arañando el polvo y el aire, también era feliz, entre serpentinas y puestos adornados con intenso colorido, en donde se apreciaba la más disímbola mercancía: figuras de barro (El Santo, alcancías, en forma de cerdo, bailarinas), juguetes hechos de madera u hojalata, tamales, cocadas, “alegrías” y hasta “pan de muerto”.

En sus correrías, los niños con los que jugaba Crispín se detuvieron por un momento a admirar los movimientos del “calaco corridero”, un gran esqueleto de cartón, pulsando una guitarra de cartón,

tocando con su sombrero de charro de cartón y luciendo una esquelética y amplia sonrisa... claro... de cartón, que se movía cuando su dueño, sentado en el piso, junto a un cacharro recibiendo las monedas arrojadas por los transeúntes, jalaba un cordel con el que la mano huesuda de aquella figura caía sobre la guitarra en intención de rasgar las supuestas cuerdas.

Más allá de aquel desbarajustado movimiento de húmeros, radios, cúbitos, fémures, rótulas y tibias, se hallaba una pareja de invidentes, hombre y mujer más que maduros. Vestidos en forma humilde, el hombre cubierto por un sombrero de petate ya roído en una de sus partes, la mujer envuelta en un rebozo decolorado, ambos entonando corridos con un acento de tristeza, tomado quizá de aquellos lánguidos atardeceres en las campiñas; en sus voces vibraba un largo acento de melancolía:

*“Viene la muerte cantando
por entre la nopalera,*

*si estás durmiendo en mi vida
es natural si despiertas.*

*Se va la muerte cantando
por entre la nopalera,
en qué quedamos pelona
me llevas o no me llevas”.*

Crispín y los demás niños siguieron corriendo entre los enfiestados y fueron a parar frente a unos puestos adornados por la alegría amarilla de la tradicional “flor de muerto”, también conocida como cenpazúchil. Los puestos se encontraban repletos de golosinas, pero los dulces que en forma poderosa llamaron la atención a los niños, fueron unas pequeñas calaveras de azúcar, a cuyos frontales y cuencas orbitales estaban pegados como adornos, papeles brillantes de diferentes colores.

En los papeles pegados sobre la frente estaban impresos nombres de personas. Los niños buscaban

con entusiasmo las calaveras que llevaran los suyos. Entre los cráneos de azúcar de dimensión intermedia, Crispín localizó su patronímico, las líneas de las letras simulando fémures formaban la palabra con la que le conocían: CRISPÍN.

Los otros niños fueron encontrando las calaveras que les correspondían; sus apelativos brillaban desde aquellos amarillos verdosos o aquellos morados relucientes; cada nuevo hallazgo era motivo de desbordado regocijo, sólo que cuando Crispín quiso comprar su calavera, como ésta no era de las más chicas el precio resultó fuera de su alcance, lo cual le entristeció repentinamente. Por el cielo pasó, ruidoso, un avión de vuelo inalcanzable.

Los niños, acariciando los cráneos que llevaban sus nombres, hacían un ruido mayor que el de los coches atrapados por la multitud que apenas les permitía el desplazamiento. Crispín no pudo llevarse la calavera de azúcar marcada con su nombre y, ante

el regocijo de los demás niños, fue invadido por una profunda tristeza que le hizo separarse del grupo y dirigirse cabizbajo hacia su casa sin que los demás se percataran de su deserción. Cuando dobló la esquina para entrar a la calle que le llevaría a su casa, alcanzó a oír ecos cercanos, que eran como desprendimientos sonoros del enorme, multicolor y bullicioso cuerpo de la fiesta: “... en que quedamos pelona, me llevas o no me llevas”, “...a dos por uno patroncita”, “...pásale, pásale a ver a la mujer araña, la que se convirtió en monstruo por desobedecer a sus padres”, “...flaca y huesuda te miro, será porque no has comido ¡la muerteeeeeee!...”

Crispín llegó silencioso a su domicilio y tratando de no encontrarse con nadie, penetró hasta la oscuridad de su cuarto. Antes de encender la luz oyó un ruido raro: tras tras tras tras. Como el de unos duros dientes chocando entre sí. Aguzó el oído con el fin de precisar el extraño tras tras, confundándose con los ruidos que llegaban desde afuera; hipertensó

el sentido auditivo y ahí estaba, aislándose —por su cercanía—, de los demás sonidos, el novedoso tras tras tras tras, reafirmandose en las orejas del niño.

Crispín encendió la luz con rapidez y fue entonces cuando vio, sentada en actitud humilde a la orilla de la cama, a una pobre mujer que sollozaba y titiritaba de frío, envuelta en un rebozo viejo. La mujer sollozaba, mientras las mandíbulas le temblaban produciendo al chocar sus dientes, aquel inconfundible tras tras tras tras.

Una gran ternura inundó el pequeño corazón del niño al contemplar a ese ser desvalido, de friolenta figura, encorvado sobre su propia desolación. Fue tanto el impacto que le causó aquella mujer, que creyó haber olvidado incluso su propia tristeza.

—¿Quién es usted? —le preguntó con dulzura—.

—No me hables de usted —le dijo la anciana, como se lo permitió a medias, el tras tras tras tras de

sus mandíbulas- nosotros nos debemos hablar con más cariño; yo soy un ser a quien todos tratan de rehuir, y eso me causa un profundo dolor; por eso siempre me verás sollozando.

—Pero..., quién..., quién es usted —le dijo Crispín extrañado-, y cómo ha entrado hasta aquí.

—Hay Crispín..., mi Crispincito querido —dijo la anciana encogida sobre sí misma.

—...Hasta sabe cómo me llamo.

—Y como no lo voy a saber —respondió la anciana—, si te conozco desde cuando naciste; si te arrullé con cariño en estos brazos que vez, flacos y llenos de pellejos...

—Entonces ... ¿Por qué nunca la había visto?

—Porque la gente..., mis hijos..., me ven, cuando no con odio, con terror, con un terror que me duele hasta los huesos, porque no lo merezco, porque lo único que he guardado para los demás ha sido un amor infinito.

Diciendo lo anterior, la anciana echó a llorar silenciosamente.

A Crispín —hecho curioso— como nunca antes le había sucedido en la vida, se le había alisado el pelo, como si de pronto le hubieran hecho efecto todos los engrudos esos que anuncian por la televisión.

—Pero no llores... —le dijo—. Desde afuera llegaban los ruidos de la fiesta.

—No me habías visto nunca antes —prosiguió la anciana-, porque la gente, cuando más cree ser feliz, es cuando más me niega, cuando más quisiera ignorar mi existencia.

—Pero ¿Por qué? —preguntó Crispín con curiosidad.

—Porque finalmente soy un ser indeseable para todos. Tú, por ejemplo, me viste hasta hoy porque dejaste tu alegría en la fiesta; la tristeza con la que entraste a este cuarto fue la que te permitió verme y saber de mi existencia triste, abandonada por todos

los que ríen —dijo esto y regresó a su tras tras tras tras.

—¿Y dónde vives? —volvió a interrogar el niño.

—Aquí, con ustedes —dijo la anciana un tanto sorprendida por la incredulidad de Crispín—. Conozco a cada uno de los miembros de tu familia; así como te arrullé a ti entre mis brazos, así, a su debido tiempo, arrullé a cada uno de ellos, pero la venda que pone la alegría en los ojos de la gente, hace que todos terminen negándome.

—Oye —dijo el niño con ternura-, se me ocurre una cosa ¿Por qué no te quedas a vivir con nosotros?

—Ay hijo, si vivo entre ustedes, desde antes de que tú nacieras.

—Sí, pero no así como hasta ahora; yo quisiera que vivieras con nosotros, que no tuvieras frío, que jugaras con mis hermanitos, que nos contaras muchas cosas que has de saber.

—Sí, sé muchas cosas, he visto muchas cosas — dijo la anciana con tristeza-, pero no puedo vivir en otra forma con ustedes, ya te dije que nadie me quiere, soy huésped no sólo en tu casa, sino en todas las casas, pero un huésped indeseado, mis arrugas, mi rebozo raído, mi boca casi sin dientes causan repugnancia; de todas partes me echan, soy una despreciada, maltratada por todos, de la que no importa si siente frío o cansancio y que tiene que estar escondiéndose en los rincones, debajo de las camas, en el interior de los guardarropas, en las sombras de la noche...

Pobrecita —dijo el niño profundamente conmovido, acariciándole con renovada ternura la cabeza cubierta por su rebozo.

—Si te contara por las que he pasado, Crispín...

—Sí, cuénteme —expresó el niño con ansiedad, sentándose cerca de la anciana, a la orilla de la angosta cama.

—Yo nací en el momento mismo en el que se fundó el mundo, hijo, —explicó la anciana y en el pequeño espacio en que guardó silencio, sus temblorosas mandíbulas hicieron tras tras tras tras.

—¿Y tus papás te quisieron mucho? —preguntó el niño mientras colocaba sobre la anciana friolenta el suéter con el que había llegado de la calle; con suavidad le acomodó la prenda sobre los hombros.

—Yo hubiera querido ser la hija de un humilde panadero que emigró del Real y Minas de Nuestra Señora de Belén de los Asientos de Ibarra, lugar en donde había sido jornalero, y no te debes de avergonzar de mí porque soy tu madre, Crispín, aunque tuve un primer hijo de nombre José Guadalupe. He tenido pocos gustos en mi vida, como el de acomodar los instrumentos de trabajo de José Guadalupe en el taller de grabado de don Antonio Vanegas Arroyo, aquel que escribió un cuento para niños en donde hablaba de una cucaracha que barriendo, barriendo, había encontrado un centavito y

no sabía qué comprar con él, pues si compraba harina se le acababa, si compraba...

—Ese cuento me lo contaron varias veces en el jardín de niños y otras varias lo llegué a oír por el radio.

—Pero estaba yo en el gusto que me daba acomodar los instrumentos de trabajo de mi hijo Posada..., después, me tocó cubrirlo amorosamente cuando todos los que ahora le aplauden, cultos y gobiernos, lo habían arrojado a un rincón polvoso, como los rincones en los que paso la mayor parte de mi existencia, invadida por el frío que me produce este tras tras tras tras en los dientes.

—Pobrecita —intervino el niño, acongojado.

—De ahí, de un rincón de la miseria fui a recoger a mi hijo artista. A su entierro no fueron ni los gobiernos ni los cultos que ahora lo ensalzan, sólo asistieron tres humildes amigos suyos que ni siquiera sabían leer. A veces pudiera sentir odio por los

“cultos”, pero eso en mí es imposible porque finalmente también ellos son mis hijos.

—Pero explícame una cosa ¿Por qué todos somos tus hijos? —Preguntó Crispín lleno de curiosidad—. ¿Quién eres tú, después de todo?

—Después de todo y antes de todo, soy la Muerte.

—¿La Muerte?

—Sí Crispín, la Muerte; la madre de todos, pero la perseguida, escarnecida, humillada por todos.

—Pero ¿por qué te han hecho sufrir tanto? —preguntó Crispín angustiado.

—Por desconocimiento de mi amor, hijo mío; yo siempre trato de hacer lo que está en mi mano para que mis descendientes no sufran y, sin embargo, recibo ofensas e insultos cuando no me dan con la puerta en las narices, pero no me quejo, porque sé que así es la vida.

—Has de angustiarte mucho —dijo compasivo.

—Mucho —respondió triste la Muerte—. Cuando las llagas del cuerpo son tan profundas y el ser que las

padece no puede más, cuando algo similar acontece con las llagas del alma, yo me acerco amorosamente a rescatar a mis hijos de los inhumanos dolores, a cubrirlos con la compasión de mi rebozo, pero la necesidad de muchos no entiende este dolor de madre. Entonces llegan los curas y me salpican toda con agua bendita, yo creo que por eso no se me puede quitar este tras tras tras tras que desde hace mucho se me prendió a los dientes; o si no, llegan los médicos, siempre tan cretinos —esa raza vestida de blanco así es—, y me inyecta millones y millones de unidades de penicilina, por eso a veces ando toda atolondrada, nomás de tanta picadura.

—¿Sabes qué se me ocurre? le dijo el niño con tono de cierta complicidad.

—Tras tras tras tras —respondió la anciana con su pocos dientes.

—Se me ocurre que ya no te juntes con los grandes, para que no te hagan tantas cosas que te tienen así de triste; a partir de ahora acércate a nosotros; yo te voy

a traer a mis amigos, para que juguemos juntos y ya no tengas que soportar catarros ni tembladeras por culpa del agua bendita. Si te juntas sólo con los niños...

—Ay Crispincito...— se lamentó la anciana en ese momento-, los niños son los que más abandonada me tienen, con decirte —suspiró profundamente frente a la desilusión de Crispín—, que una vez estuvieron a punto de dejarme tuerta de un canicazo.

—Ah, caramba —sólo se le ocurrió decir a Crispín por todo comentario.

—Los niños son los que están más lejos de mí. ¿No te he dicho que la gente que goza de mayor alegría es la menos capacitada para percibir mi existencia? Los niños durante sus juegos pinchan con alfileres lo que creen que es mi retrato y me hacen bailar como títere, colgada de hilos con los que amarran mis piernas, mis brazos y mi cabeza.

—Eso yo no lo sabía —se trató de disculpar Crispín frente a aquella viejecita atribulada.

—Yo vigilo a los niños mientras juegan —ella continuó con deajo tristón después de su ya clásico tras tras tras—, y, sin embargo, dentro de sus juegos me hacen un sinfín de travesuras.

—¿Qué te hacen? —preguntó el niño con preocupación.

—Por ejemplo, me hacen saltar la cuerda hasta que me dejan con este viejo corazón prácticamente saliéndome por la boca, sin ninguna consideración a mi edad y a que nos encontramos a más de dos mil metros de altura sobre el nivel del mar.

—Yo no quisiera que tú sufieras más —se condolió el niño.

—Esto así es y así será —añadió la anciana en tono de resignación— lo sé muy bien, quizá por ello se me prendió a los dientes este tras tras tras tras que hace más ruido que un refrigerador a punto de descomponerse.

El niño guardó silencio por algunos segundos, por la ventana entraban los rumores de la fiesta:

*Dicen que no tengo duelo, llorona,
porque no me ven llorar,
hay muertos que no hacen ruido, llorona,
y es más grande su penar.*

*Ay de mí, llorona, llorona,
llorona de ayer y hoy,
ayer 'maravilla' fui,
y ahora ni sombra soy.*

En la calle se iban desvaneciendo lentamente los ruidos y las estridencias; algunos gritos de los vendedores tremolaban todavía en el aire, y aún permanecía la música fatigada que acompañaba el funcionamiento de los juegos mecánicos, y las voces cada vez más lejanas que entonaban los corridos traídos de los diversos rumbos.

*Así cantaba y decía
en Puebla, Cirilo Arenas,*

*que a la muerte no temía
porque nos quita de penas.*

—¿Qué dices, madre, qué dices?

*Levanta tu maldición,
si no, que traigan las velas
y que traigan el cajón.*

—En el nombre sea de Dios,

—dijo al mirar la escalera

*¡Jesucristo me acompañe
y la luz de la candela!*

—Madre mía de Guadalupe

de la Villa de Jerez,

dame licencia señora

de levantarme otra vez.

La virgen que lo miraba

de lo alto de los portales,

—cómo te levanto, Lucio,

si son heridas mortales.

*—En fin, que ya me despido;
me encuentro en la dura fosa,
ya no hay Bernardo Gaviño,
hoy me cubre ya una losa.*

—Quisiera saber por qué hemos sido tan malos contigo.

—No ha sido maldad, Crispincito, ha sido simplemente confusión, una lamentable equivocación en la que han vivido los humanos desde hace ya bastante tiempo. Yo soy la Muerte, la Muerte, la bondadosa madre Muerte, pero desgraciadamente no me ven como tal; yo cerré los ojos de mi hijo Morelos en el suplicio de su asesinato; cerré los ojos de mi hijo José Guadalupe, en el suplicio de su miseria, he cerrado con ternura los ojos de muchos hijos a los que he arrebatado del dolor y la tragedia, porque me dolían íntimamente, porque de alguna forma eran carne de mi carne (o huesos de mis huesos). Sin

embargo, existe esa lamentable confusión de la que te hablo.

—¿Cuál confusión?

—Soy la madre Muerte, Crispín, pero la gente está empeñada en confundirme con Tezcatlipoca.

—Tezca... ¿qué?

—Tezcatlipoca.

—¿Tez-ca-tli-po-ca?

—Sí, un dios que tuvieron los antiguos mexicanos. Tezcatlipoca era el dador de la maldad y la destrucción. Era a él a quien se le temía y no a mí. Era él, el que finalmente representaba a la vida, pero una vida plagada de incertidumbres.

—¿Cómo era? preguntó Crispín con interés.

—Era una pesadilla, era el que destruía sin motivo alguno, amargaba y envenenaba la vida humana, era a él a quien se le temía y no a mí. Yo no venía a ser más que lo que soy también en la actualidad, un complemento de la existencia, sin el cual, la

existencia no podría ser. Tezcatlipoca, era a él al que se le guardaba miedo, siempre enfundado en su traje de guerrero y con un espejo en uno de sus pies, un espejo envuelto de humo, para ver las malas acciones con las que en la tierra se cumplían sus dictámenes; por medio de ese objeto, a través de sus reflejos, mandaba a su vez destrucción.

En cambio los antiguos mexicanos –siguió explicando la encorvada anciana-, veían a la muerte como una prolongación de la existencia; en el Mictlán, la región oscura, no había infierno, ni castigos terribles para el que moría; había, en cambio parajes bellos, llenos de flores en donde los seres seguían viviendo. Allí llegó Quetzalcóatl, el dios bueno, para crear los primeros hombres sobre la tierra, con los huesos de los difuntos molidos en un metate, antes no se usaban licuadoras como ahora. A los que morían prematuramente, ahogados o por enfermedades incurables como la lepra u otras, los recibía Tláloc y les regalaba con los manjares que

más les gustaban, para que se desatendieran de las penas terrestres a los que los había sometido el odio de Tezcatlipoca. A él era al que temían los sabios antiguos mexicanos, no a mí.

Yo era la prolongación de una existencia buena, después de una fatigosa vida sobre la tierra. Por eso hasta la fecha subsiste la costumbre de hacer ofrendas, en las casas y en los panteones en los meses de noviembre, durante el “día de muertos”, con los objetos y los manjares que más les gustaba en vida, a los que ya viven en el otro mundo, en el Tlallocan, en mi mundo en el mundo de las flores y las mariposas.

Tanto se prolongó la charla de los dos nuevos amigos, la Muerte y Crispín, que éstos no se dieron cuenta de que ya había empezado a amanecer, hecho que notaron cuando un voceador de periódicos pasó por la calle anunciando con voz aguda: “lea usted los últimos sucesos de cómo la muerte huesuda se pasea

sin más recelo por las páginas que escribe un tal llamado Juan Rulfooooooo...”

—Ya no tiembles —musitó apenas Crispín, dirigiéndose a la dolorosa anciana-, dentro de unos cuantos minutos más empezará a salir el sol y vas a sentir calor y vas a estar alegre.

Ya había entrado el día; la atmósfera se fue aclarando paulatinamente y la silueta de Crispín se afirmó con la nueva luz, mientras la de la anciana se fue desvaneciendo poco a poco.

—No te vayas —le gritó Crispín con ansia, y amorosamente le tomó las manos frías y viejas, pero a medida que avanzaba el día los contornos de la anciana se fueron perdiendo, sólo se escuchaba su voz desvaneciéndose:

—No te preocupes Crispín, en donde quiera que estés yo estaré contigo a tu lado, cuidándote.

—No, no te vayas —insistía Crispín con dulzura—. Pero bien pronto la silueta de ella se había esfumado, sólo quedaba la sensación de las manos arrugadas en las manos cariñosas de Crispín, después, solamente se oyó un leve tras tras tras tras, y luego ni eso, también ese sonido se perdió una vez que hubieron crecido los ruidos del día.

La vida inició sus actividades diarias, Crispín esa mañana estuvo especialmente contento, ahora tenía la certeza de que siempre estaría acompañado por la presencia invisible de alguien ofreciéndole en cualquier momento su protección. Sólo un sobresalto le embargó en el momento en el que empezaron a hacer la limpieza de su cuarto, que no fueran a lastimar con el tubo de la aspiradora a aquella cariñosa y triste anciana, que en esos momentos estaría tratándose de refugiar en algún rincón, encogida, acompañada con él tras tras tras tras de sus dientes, apenas cubierta con su raído rebozo amarillo.

Andantino

SENSAMAYÁ

Desde algunos días, los días eran tristes, días eran de desconcierto, eran días de desaparecidos azules risueños en el cielo, mientras bajaba a los seres un viento tristón de quién sabe qué montañas. Porque era de pensarse que no descendía de las mismas montañas de siempre, siempre adornadas con esbeltos pinos y margaritas pintando de blanco y amarillo las laderas.

Los días estaban amaneciendo grises, pardos, ocre y ya desde las ramas de algunos árboles los pájaros se empezaban a caer como objetos tiesos, vencidos por la atracción terrestre. El hecho resultaba ya bastante problemático; las hojas de las plantas se

enjutas y las personas ya no salían a la calle con gesto afable; la situación era delicada porque la congoja empezaba a crecer más y más en las casas y en la vía pública.

Era el reino de la tristeza aquello, y esto la razón: el viejo contador de historias, don Hermelindo Leyenda, ya no contaba sus cosas y su lugar fue ocupado vorazmente por las estridencias del radio y la televisión y otras avanzadas más de la mecánica y la electrónica. Don Hermelindo Leyenda ya no contaba historias, se encontraba mudo desde hacía varias semanas y su enfermedad, “silentitis aguda”, preocupaba profundamente a la ciudadanía.

Gracias a la colaboración general se logró que los más prestigiados médicos auscultaran al viejo contador, quien de un momento a otro dejó de narrar sus gustadas, gustadísimas, gustadisísimas historias. Don Hermelindo dejó de contar y los seres y las cosas fueron cubriéndose con el manto gris de la tristeza.

Pero el viejo contador contaba con dos nietecitos, Juvencio y Juvencita Altagracia, a quienes los demás destacados especialistas informaron que el caso era sumamente delicado, pues lo que sucedía con don Hermelindo Leyenda era que se le había fugado del pecho el Ave de la Felicidad y que esto había acontecido por la suma de hechos desagradables acumulados en los ojos cargados de años del viejo contador. “Los humanos guardamos el ave de la felicidad dentro del pecho —explicaron los especialistas—, por eso, cuando a alguien se le escapa la suya, los demás pechos sienten el vacío”. La única solución, pues, era ir hasta donde el Ave de la Felicidad se encontraba y traerla nuevamente e instalarla en el pecho de don Hermelindo Leyenda.

Desde ese momento empezaron las pesquisas para saber a dónde pudiera haberse fugado el Ave de la Felicidad y regresarla al pecho del contador. Se consultaron los mapas más antiguos, esos que se caen a pedazos de tan carcomidos, de tan invadidos por el

color amarillento que dejan los años en el papel. Los viejos mapas, desdoblados con mucho tiento, señalaban las rutas más extrañas por donde habían hurgado con sus plantas aventureras los primeros excursionistas sobre la tierra. Ríos y montañas que despertaban las más vivas imaginerías se encontraban insinuados en aquellos grandes pliegos con olor a humedad.

Como se trataba de un asunto de interés público, también se congregaron los “sabi-hondos” de la comarca —no hay ninguna comunidad que se respete que no tenga su grupo de “sabi-hondos” —, y éstos, con sus conocimientos sistematizados, dentro de un riguroso orden científico, sacerdotes y beneficiarios del método, dieron su aportación: horas y horas de discusiones para volver las cosas claras en confusas. Aportación valiosa, pues todo mundo sabe que la oscuridad más profunda precede a la luz.

Después de un sinfín de consideraciones, ecuaciones y dilaciones, el pensamiento científico y la sapiencia popular llegaron a la conclusión de que el Ave de la Felicidad, escapada del pecho de don Hermelindo Leyenda, era una sola, repartida en el pecho de los demás, que cada uno poseía en sí mismo un ave similar y que la representación que las aglutinaba a todas, se encontraba en un punto de muy difícil acceso de la Selva del Sur. Hasta allá, hasta el punto más intrincado de ese sitio había que ir para devolverle el habla a don Hermelindo, y con ello, la felicidad a todos los escuchas de sus historias pintaditas de colores.

Así fue como Juvencio y Juvencita Altagracia se vieron de pronto camino a la Selva del Sur. La primera impresión que tuvieron del nuevo ámbito geográfico, fue una nube de mosquitos que salió a recibirlos en medio de un calor sofocante. Aquello era una inmensidad verde que se les venía encima, olorosa a guayabas. El ruido que el aire producía al

filtrarse entre muchas, muchísimas hojas de los muchos, muchísimos árboles, dejaba una sensación de inmensidad en el ámbito de los dos niños.

Después de varios días de camino por aquellos vericuetos cargados de yerbales y de las especies zoológicas más extrañas y variadas y cuando Juvencio y Juvencita Altagracia se supieron extraviados, desde lo más profundo de la maleza escucharon ambos una especie de rumor humano, como voces que cantaban, con un canto que se confundía con el bullicio de los pájaros, el sonido telegráfico de los grillos y la algarabía de las ramas más altas, por donde se desplazaban batallones de changos escandalosos que desde abajo parecían arañas aéreas.

Los niños se fueron acercando al sitio de donde provenía aquel rumor de voces. Ahora era más clara la percepción, sí, sí, eran voces humanas; entre los demás ruidos de la selva empezaba a dominar con nitidez una tonada dicha a coro, cuyas palabras

repetían insistentemente: “Mayombe—bombe—mayombé”, “Mayombe—bombe—mayombé”. Los niños cruzaron curiosos la tupida vegetación y en medio de un claro vieron con ojos invadidos por sorpresa, a muchos individuos que bailaban al compás de unas sonajas que hacían: tza tza tzá tza tza tzá y de unos tambores que hacían: tun-kul tun-kul tun-kul tun-kul. Ahora sí las voces se oían con toda claridad, decían algo como:

—La culebra viene y se enreda en un palo,
con sus ojos de vidrio, en un palo,
con sus ojos de vidrio.

La culebra camina sin patas;
la culebra se esconde en la yerba,
caminando sin patas...

De pronto los hombres que bailaban y cantaban interrumpieron su actividad al percatarse de la presencia de los recién llegados, a quienes rodearon de inmediato dirigiéndoles exhaustivas preguntas. Los

interrogados explicaron el motivo por el que se encontraban en la Selva del Sur y que, además, en esos momentos estaban extraviados. Entonces, los hombres que apenas unos minutos antes bailaban una danza a la que llamaban “Sensemayá”, el canto de la culebra, les respondieron que no se preocuparan, que ellos les ayudarían para que tomaran el rumbo correcto.

Al instante los hombres de aquel lugar se volvieron a reunir en torno de las sonajas y los tambores: tza tza-tzá tza tza tzá, tun-kul tun-kul tun-kul tun-kul, tza tza-tzá tza tza tzá, tun-kul tun-kul tun-kul tun-kul. Después de bailar y cantar ante los azorados ojos de los niños, los danzantes se acercaron a éstos para indicarles que ya tenían la respuesta, pero sus caras en vez de alegría, denotaban una profunda preocupación, se hicieron largas y sombrías.

Explicaron a los niños que le habían danzado a la culebra y que ella ya les había dado respuesta.

—¿Y por qué a la culebra? —interrumpió curiosa Juvencita Altagracia.

—Porque en ella es inmensa la sabiduría —fue la inmediata respuesta—. Porque ella se desliza sobre el piso y por eso sabe mejor que nadie de los caminos de la tierra, ella es la que guarda los secretos de la geografía, la que conoce bien la corteza del planeta.

—¡Ah! —sólo alcanzó a decir Juvencita en su asombro.

—La culebra es grande en su conocimiento — siguió explicando la voz-, ella siempre tiene la respuesta a cualquier pregunta; ella lo sabe todo, su rastro nos señala el camino verdadero a seguir.

—Pero ¿Por qué se muestran con tanta preocupación?

—consultó Juvencio.

—Es que el rumbo que señaló la culebra es un mal rumbo.

—¿Quieren explicarse?

—Ustedes solamente podrán encontrar el Ave de la Felicidad dirigiéndose hacia aquella dirección — señaló hacia lo más tupido del follaje—, solamente que hay un pequeño problemita...

—Un enorme problemota —intervino otra voz.

—¿Y cuál es él? —inquirieron a dúo los niños.

—Que para llegar a donde habita el Ave de la Felicidad habrá que atravesar primero las vastísimas propiedades del Monstruo Quebrantahuesos, es un gigante malvado de quien siempre se puede esperar las peores canalladas.

Juevencio y Juvencita Altagracia quedaron paralizados por unos instantes debido al impacto que les produjo la revelación, pero se acordaron de la tristeza que estaría embargando en esos momentos a don Hermelindo Leyenda y reaccionaron de inmediato disponiendo lo necesario para continuar el viaje.

Los amigos ocasionales se admiraron del valor de los niños y al despedirse de ellos les hicieron las últimas recomendaciones, entre ellas, la de que, si por lo intrincado del terreno volvían a perder la dirección de sus pasos, se acordaran de “Sensemayá” y entonces al cantar tza tza-tzá tza, tza tzá, tun-kul tun-kul tun-kul tun kul volverían a encontrar el camino adecuado, ya que ese canto va siguiendo el rastro de la culebra, la que conoce muy bien la tierra, la que todo lo sabe.

Juvencio y Juvencita Altagracia echaron a andar, devorando kilómetros y kilómetros llenos de sorpresas zoológicas y vegetales y cada vez que creían haber perdido el camino cantaban a dúo tza tza-tzá tza, tza tzá, tun-kul tun-kul tun-kul tun kul y entonces sus pies, como movidos por una fuerza extraña volvían a tomar la dirección correcta.

Ya habían dejado atrás decenas y luego centenas de ceibas, palmeras, arroyos y pantanos; ya habían

tropezado con tropas de tropicales dinosaurios diminutos y rodeado infinidad de plantas carnívoras que parecían llamarlos retorciendo sus tallos en el aire al mismo tiempo que abrían y cerraban siniestramente sus corolas voraces, ya habían atravesado por muchas más nubes de mosquitos, cuando al cumplirse otro día de caminata escucharon una especie de lamento proveniente de las ramas de un árbol cubierto por un alto follaje.

Al oír aquellos lamentos: “ay de mí, quién me podrá descolgar de este martirio”, los niños se acordaron de inmediato de la existencia del Monstruo Quebrantahuesos y decidieron huir cuanto antes del lugar, sólo que cuando esto hacían o más bien, cuando lo pretendieron hacer, la voz que se quejaba pronunció las siguientes palabras: “chebo que chabe a chivo chupa la chopá choncha”, entonces, un algo extraordinario, poderoso, detuvo la carrera de Juvencio y Juvencita Altagracia y atrajo a éstos, con

la fuerza de un imán hasta el lugar de donde había
provenido la voz.

La voz venía de un raro hombrecito colgado de
cabeza de las ramas de un árbol al que por esos
rumbos se le llama guanacaste. El hombrecito dijo
refunfuñón a los dos niños que habían quedado
inmóviles ante él:

—Qué esperan que no me desatan, y se quedan ahí
como bobos, parados de cabeza.

—No, si el que está de cabeza es usted —le
respondió Juvencita Altagracia.

—Ay de mí —dijo de nuevo el hombrecito—,
hasta bromas de mal gusto tengo que soportar por
parte de estos niños tontos; mis esperanzas están rotas
¿Quién me podrá descolgar de este martirio?

—Y por qué no se descuelga usted con las
palabras mágicas que dijo hace un rato —preguntó
Juvencio al hombrecito.

—Ay, porque mis poderes nada lograrían contra este tipo de bejucos con los que estoy amarrado.

—¿Y quién lo amarró? —preguntó Juvencita Altagracia.

—¿Ya no hagan tantas preguntas bobas —dijo otra vez el hombrecito, refunfuñando—, y si no han de desatarme, entonces váyanse de aquí, muchachitos buenos para nada.

—Espera, ahora mismo te desatamos —dijo Juvencio encaramándose sobre la rama a la que estaban atados los bejucos.

—Ya lo sabía —empezó a decir el hombrecito raro—, ustedes tienen cara de ser unos niños muy listos, ustedes...

...Y ya no alcanzó a completar su pensamiento, porque la necia ley de gravedad le aplastó estruendosamente la cabeza contra el suelo.

Después de un largo rato de quejarse y sobarse la cabeza, el raro hombrecito se fue enderezando lentamente.

—Ay de mí, a este mundo sólo viene uno a pasar muy malos ratos.

—¿Por qué estabas colgado de ese árbol? Consultó con cierta impertinencia Juvencita Altagracia, mientras le sobaba la cabeza al hombrecito, quien resultó llamarse don Tranquilino de Motozintla.

—¡A qué niña ésta! No vas a creer que me fui a colgar yo mismo por puritito gusto.

Don Tranquilino de Motozintla explicó entonces que había sido colgado del enorme guanacaste por un gigante malvado, asolador de aquellas inmensas tierras.

—El Monstruo Quebrantahuesos —exclamaron los niños a un mismo tiempo.

—Exactamente —afirmó don Tranquilino de Motozintla, quien por cierto no tenía nada de tranquilo y por lo contrario, como ya se ha dicho, era un raro hombrecito refunfuñón.

Don Tranquilino hizo una pormenorizada lista de agravios, abusos, maldades y demás, provenientes del feroz Monstruo Quebrantahuesos, amo absoluto de aquellos parajes, terrífica existencia temida por todos los seres, racionales e irracionales.

—¿Por qué razón lo colgó?

—Porque es muy malo y siempre que puedo lo enfrento con mis poderes.

—Entonces ¿tú eres un duendecillo como esos de los cuentos? Preguntó Juvencita Altagracia mientras el viento mecía las copas de los árboles.

—No propiamente, niña bonita, yo soy un nahual, por lo menos así nos llaman desde épocas muy antiguas.

—Y un nahual, ¿es algo parecido a un duendecillo?

—No precisamente..., pero si así quieren llamarme...

—No, te llamaremos por tu propio nombre, Tranquilino de Motozintla.

Los niños explicaron a su nuevo amigo que estaban en busca del Ave de la Felicidad y cuál era el motivo de esa empresa, y don Tranquilino de Motozintla decidió sumarse a los excursionistas para defenderlos de la maldad del Monstruo Quebrantahuesos, en caso de que por desgracia se lo llegaran a encontrar.

—Primero —les advirtió don Tranquilino-, va a ser necesario que crucemos el “Valle de la Fealdad”. Este sitio se llama así, porque la gente que en él vive es muy pobre, y ustedes deben de saber que la mucha pobreza termina deformando las cosas y haciéndolas feas.

—¿Y por qué existe tal pobreza? Dijo Juvencio preocupado.

—Porque son tierras colindantes a las propiedades del Monstruo Quebrantahuesos y éste produce la pobreza con sus malas artes, para que los habitantes de este sitio abandonen sus bienes y así pasen a formar parte de las pertenencias del malvado gigante.

En verdad, cuando llegaron al Valle todo era cenizo, tocado con los dedos grises de la fealdad, ahí los hombres parecían fantasmas, caminando con la mirada perdida, con los cuerpos cubiertos de harapos. Al pasar frente a una de las chozas llena de miseria, oyeron el lamento de una mujer y se detuvieron a conversar con ella pensando que le podrían ofrecer consuelo.

La llorosa se encontraba muy triste, según explicó, porque eran muchas las penas en su casa. Se quejó de que el Monstruo Quebrantahuesos

envenenaba los campos con detergentes y quemaba las cosechas para que la miseria fuera mayor en aquellos lugares; si alguna persona se encontraba en agonía, el Monstruo evitaba que fuera auxiliada, atando a los médicos con gruesas ligas de miel forradas de billetes de diferentes tamaños. También el agua de los manantiales y los depósitos naturales eran envenenados por su mano; él mismo vendía las medicinas que se pudieran necesitar, a precios tan elevados que los enfermos terminaban muriéndose.

Pero los peores crímenes eran contra quienes se atrevían a caminar por las calles en las noches no alumbradas por la luna. Su propia maldad le producía un infinito miedo, que lo obligaba a colocar a las personas tarjetas de identificación en el pecho y los que eran sorprendidos caminando durante las horas oscuras, aparecían al otro día muertos sobre los surcos, con los huesos rotos.

Horrorizados por el relato de la afligida mujer, Juvencio y Juvencita Altagracia acompañados por don Tranquilino de Motozintla decidieron continuar en pos del Ave de la Felicidad. El siguiente punto a tocar era el Valle de la Belleza, ya en plenas propiedades del Monstruo Quebrantahuesos.

El sitio era verdaderamente bellísimo; ahí la selva había sido dominada por los esclavos del Monstruo Quebrantahuesos y los prados lucían bellos con adornos de flores exquisitas. Era tal el poder del malvado gigante, que en sus terrenos mandó a cambiar el sitio de los puntos cardinales, con el fin de confundir a cualquier extraño que se atreviese a cruzar por sus propiedades.

Fue mucha la confusión por el cambio de los puntos cardinales, que ni el propio don Tranquilino de Motozintla, con todos sus poderes de nahual, pudo encontrar la ruta a seguir; el desconcierto fue

mayúsculo. Todo era bello, todo era ilusorio y por lo mismo no encontraban el camino verdadero.

En tales condiciones Juvencio se acordó de “Sensemayá”, el canto de la culebra, la que todo lo sabe sobre la tierra. Ante la incredulidad de don Tranquilino de Motozintla los dos niños empezaron a entonar: tza tza-tzá tza, tza tzá, tun-kul tun-kul tun-kul tun kul, tza tza-tzá tza, tza tzá, tun-kul tun-kul tun-kul tun kul. Sin darse cuenta, mientras cantaban, sus pasos los fueron llevando hasta un robusto manzano que en su tronco lucía el siguiente letrero: “Arbol de la sabiduría”.

Al ver aquellas redondas manzanas rojas sintieron hambre y don Tranquilino de Motozintla decidió entonces subir al árbol y desprender unas cuantas manzanas que Juvencita Altagracia recogió del suelo para que Juvencio, el nahual Tranquilino y ella gustaran del jugoso fruto. A la primera mordida que dieron a una de las manzanas, de la planta se

desprendieron varias hojas que al hacer contacto con el suelo se convirtieron en explícitos mapas en los que se veía que el Ave de la Felicidad se encontraba cerca, entre los reflejos de una cantarina cascada.

El trío de caminantes se puso en marcha con el fin de atravesar lo más pronto posible las relucientes propiedades del Monstruo Quebrantahuesos. En su camino se encontraron rodeados por relucientes mariposas que eran como un arcoíris fragmentado que les envolvía en medio de aleteos de asombrosas tonalidades.

Don Tranquilino de Motozintla se dio cuenta del ardid y advirtió a los niños que aguantaran la respiración, ya que tales mariposas desprendían desde sus alas los nefastos “polvitos del sueño”, una de las tantas trampas de las que se valía el gigante. Los niños aguantaron por un momento la respiración mientras don Tranquilino de Motozintla pronunciaba sus palabras mágicas, “chebo que chabe a chivo

chupa la chopa choncha”, al mismo tiempo que soplabla fuerte para lanzar lejos de ellos el polvo maligno y con él las mariposas que hacían un mal uso de su belleza.

Algunos kilómetros adelante les detuvo el paso una voz que era más que voz, rugido.

—Alto ahí —les dijo un jaguar que apareció de pronto agazapado entre unas ramas-, yo soy un jaguar domesticado, por eso puedo hablar como los humanos, y tengo la orden de comérmelos por haber violado la paz de esta propiedad.

No, no permitiré que nos hagas ningún daño — dijo refunfuñando don Tranquilino de Motozintla.

—A ti no —respondió el jaguar domesticado—, porque nada puedo contra tus poderes, como tú tampoco podrás nada contra mí. Ah, pero a éstos — señaló a los dos niños que temblaban de miedo—, sí que me los almuerzo.

El jaguar se puso en posición de ataque. En esos difíciles momentos don Tranquilino de Motozintla, quien no podía hacer nada contra el Jaguar domesticado, decidió actuar con los niños. Pronunció las palabras mágicas “chebo que chabe a chivo chupa la chopa choncha”.

De pronto el tiempo empezó al revés en los niños. Se hicieron de edad más pequeña, y más pequeña, y más hasta que tomaron el tamaño de unos niños de cuna, y más pequeños todavía, recién nacidos, y más que apenas se veían, y más hasta que se convirtieron tan solo en un manojito de plumas, como los ataditos de plumas que las madres se amarran al vientre para que nazcan los niños. El jaguar rugiendo de frustración dio media vuelta y se marchó con gruñidos, amenazas e insultos.

Una vez vueltos a su tamaño natural, Juvencio y Juvencita Altagracia continuaron su rumbo en

compañía de don Tranquilino de Motozintla. Pero antes de abandonar las propiedades del Monstruo Quebrantahuesos se vieron frente a un contratiempo más: ante sus ojos apareció la horrorosa figura de una vieja jorobada y tuerta, con el rostro torcido y picado de viruela. Toda ella era dueña de una expresión que no mejoraba ni con el collar de brillantes que se había colgado en el pescuezo lleno de arrugas.

—Je, je, je, je —rió terrífica aquella horrenda bruja-, yo soy doña Justicia de la Lata y ustedes no salen de aquí hasta que no paguen sus deudas con la ley, je, je, je, je...

—¿Cuáles deudas? —se le enfrentó don Tranquilino con enojo.

—Je, je, je, je, —empezó diciendo fúnebre mientras sacaba de sus ropas un legajo chorreado-, ustedes han destruido con solo pisarlos bellos prados que encontraron a su paso; con su acción, sin darse

cuenta pusieron los puntos cardinales en donde deben estar y no como los quería tener el Monstruo Quebrantahuesos, dueño de estas propiedades; ustedes mordisquearon también tres rojas y redondas manzanas que no les pertenecían y eso se llama abuso en propiedad privada; y finalmente pretendieron matar de hambre a un pobre jaguarcito que anda por ahí, esto último se llama tentativa de asesinato. Por lo tanto, de acuerdo con lo que marca la ley —prosiguió la horrorosa Justicia de la Llata- se han hecho acreedores...

En eso estaba la horrenda bruja, recitando artículos y cláusulas cuando sigilosamente se le acercó don Tranquilino de Motocintla dirigiéndole sus terribles palabras: “chebo que chabe a chivo chupa la chopa choncha”, en tales momentos la bruja Justicia de la Llata quedó convertida en una escandalosa guacamaya que haciendo grrrrtá grrrrtá grrrrtá grrrrtá se alejó volando por la nubes.

Pero todavía les faltaba un último contratiempo. El propio Monstruo Quebrantahuesos terminó por hacérseles presente cuando les faltaba caminar tan sólo metro y medio para salir de sus propiedades. Los tres caminantes quedaron estupefactos, mudos de terror. La risa gruesa, profunda, del Monstruo Quebrantahuesos, estaba plagada de funestos augurios.

—Ja, ja, con que huyendo, después de haber estropeado mis propiedades.

En esos instantes don Tranquilino de Motozintla reaccionó arrojando al rostro del gigante sus palabras mágicas: “chebo que chabe a chivo chupa la chopa choncha”. Sólo se escuchó una risotada y el gigante quedó tan tranquilo, como si nada hubiera pasado.

Aprovechando la entrega del gigante a su propia carcajada, Juvencio trató de sorprenderlo con la contundencia de un garrotazo, pero el garrote se

rompió sin siquiera hacer contacto con el cuerpo del gigante. Don Tranquilino de Motozintla intentó de nueva cuenta: “chebo que chabe a chivo chupa la chopa choncha ...”, pero como si nada hubiese dicho.

El desconcierto que invadió a los tres amigos fue grande, se sintieron totalmente desprotegidos ante la maldad del Monstruo Quebrantahuesos. Juvencita Altagracia ya no pudo más y se soltó llorando.

—Nosotros no somos malos, señor don Monstruo...

—Ja ja ja ja —fue la respuesta feroz.

—No, no somos malos, de veras, tan sólo nos encontramos en busca del Ave de la Felicidad.

—¡Qué cosa? —se interrumpió de pronto el Monstruo Quebrantahuesos.

—Que solamente estamos en busca del Ave de la Felicidad- repitió sollozando Juvencita Altagracia.

—¡No por favor! ¡No vuelvan a repetir esa palabra delante de mi —dijo angustiado el Monstruo Quebrantahuesos.

—¿Felicidad? —repitió inocente Juvencita Altagracia.

—¡Que no! ¡Que no..!, que no... —decía angustiado mientras se iba convirtiendo en un montoncito de ceniza.

—Lo mató la palabra Felicidad —comentó asombrado don Tranquilino de Motozintla, mientras los niños miraban incrédulos el fenómeno que se había dado ante sus ojos.

Después cayó la noche y luego llegó la aurora con un reflejo rojo entre los árboles.

Por la mañana, Juvencio, Juvencita Altagracia y don Tranquilino de Motozintla entonaron el canto de la culebra tza tza-tzá tza, tza tzá, tun-kul tun-kul tun-kul tun kul, tza tza-tzá tza, tza tzá, tun-kul tun-kul tun-kul tun kul y reiniciaron su caminata. Al poco

rato escucharon el lejanísimo murmullo de una cascada que empezó a dirigirles los pasos. El murmullo cada vez más claro los guiaba; parecía como si a lo lejos la cascada cantara: “Sensemayá, Sensemayá”...

Al fin, después de mucho andar entre malezas y robustos troncos forrados por hojas y lianas, apareció ante los ojos de los tres caminantes una esplendorosa cascada que al precipitarse entre las frondas parecía repetir incesantemente el canto de la culebra.

A un lado de aquella corriente irisada por el sol, estaba un alto manzano, muy parecido al que ya habían encontrado anteriormente y en una de las ramas. ¡Al fin! ¡El Ave de la Felicidad! Sus colores latían llenos de vida, cambiaban según los reflejos del agua de la cascada, a veces la envolvía un azul verde que se transformaba en un violeta intenso para cambiar más tarde en latidos de bermellones y pasar luego a un blanco que deslumbra entre las hojas.

Quedaron estupefactos. En esos momentos el Ave de la Felicidad les habló:

“Ya pueden regresar tranquilos a su casa, don Hermelindo Leyenda les está esperando con nuevos cuentos que aprendió mientras dormía un sueño profundo. Una parte de mí palpita nuevamente en su pecho. Yo debo quedarme en estos parajes para repartirme en el pecho de todos los que vengan a buscarme”.

Diciendo esto echó a volar mientras sus colores, como una culebra de plumas, se confundía con los reflejos de la cascada, la que como parte de una culebra de agua se quedó repitiendo a las espaldas de los niños: tza tza-tzá tza, tza tzá, tun-kul tun-kul tun-kul tun kul, tza tza-tzá tza, tza tzá, tun-kul tun-kul tun-kul tun kul, para que ni Juvencio ni Juvencita Altagracia tuvieran contratiempo alguno en su ruta de regreso, acompañados hasta cierto punto del camino

por los buenos oficios de su amigo don Tranquilino de Motozintla, de quien se tendrían que despedir más tarde con lágrimas de agradecimiento. Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

MÚSICA PARA CHARLAR

Tralará-tralará-tralaralaralará.

Se escuchaba, insistente, la cancioncita que los niños entonaban en el patio. Manuelito Jojutla estaba recostado sobre el suelo y en torno suyo mantenía una extendida superficie de papeles sobre los que había estado dibujando, y lápices de colores, de diversos tamaños, repartidos cerca de él.

—Deberías salir a jugar con los demás niños — le dijo el abuelo mientras leía unas publicaciones amarillentas de tan antiguas.

Manuelito Jojutla no respondió y prosiguió afanoso sobre los trazos de sus dibujos. Afuera se escuchaban las voces de los niños insistiendo en su tralará-tralará-tralaralaralará. El abuelo insistió:

—Creo que deberías salir a jugar con el resto de los niños...—luego entró en un breve momento de meditación—, pero... espera... quizá no, quizá sea éste el momento más apropiado para platicar. Siempre me ha parecido que la música que entonaban los niños en los patios de todas las ciudades y las poblaciones del mundo, es la música más adecuada para charlar, para relatar tantas y tantas cosas que se ven por los caminos...

Manuelito Jojutla dejó por unos momentos su labor de iluminación mientras afuera se escuchaba el tralará-tralará-tralaralaralará, se quedó viendo fijamente al abuelo, quien prosiguió en el uso de su voz pausada.

—Música para charlar, tralará-tralará... ¿Tú sabes Manuelito de dónde proceden esos colores que sirven para que ilumines tus dibujos? En una tarde como ésta me lo dijo un niño como tú, mientras los otros niños cantaban como ahora. Manuelito Teocaltiche charlaba horas y horas mientras tenía como fondo la música de los niños cuando cantan en coro en los patios del rumbo.

—Y qué te dijo Manuelito Teocaltiche de los colores, abuelito...

—Ah, pues me relató cuál es su origen, él sabía muy bien de dónde vienen los colores con los que ahora tú estás iluminando tus dibujos.

Manuelito Jojutla adoptó frente al abuelo una actitud meditativa; primero se quedó pensando, pasaron dentro de él, en un instante, los colores más bellos, esos que motivan primero la vista y que después se meten en los más impensados rincones del

pensamiento, haciendo del cuerpo, de la razón, del ser, un palpitante nudo de sensibilidades.

Vio con los ojos de adentro, las bellísimas combinaciones semejantes a las del caleidoscopio, ese tubo mágico por el que se ve la armoniosa colocación de formas y colores que cambian paulatinamente a medida que se le hace girar hacia la derecha o hacia la izquierda.

Afuera los niños continuaban con su tra-la-rá tra-la-rá, mientras el abuelo intensificaba el tono de sus palabras... la charla continuaba ..., y la imaginación de Manuelito Jojutla iba de los azules intensos hacia aquellos amarillos que parecen arrancados del sol para pintar los objetos de la tierra. Y después se recreaba con una rica variedad de matices con los que el color hacía valer su presencia para después diluirse, tenue, en anaranjado mientras el amarillo se disolvía en una rica gama de verdes y el azul tomaba para sí el rostro aéreo del morado y sus derivaciones.

—Según me contó Manuelito Teocaltiche —
empezó el abuelo en una actitud que aparentaba un
concentrado esfuerzo para recordar-, un buen día en el
que se encontraba dibujando, le entró la duda acerca
de dónde nacían los colores. Las personas inteligentes
no sólo conviven con las cosas que les rodean, sino
que tratan de indagar cuál es su origen, así es como ha
avanzado la sabiduría de los hombres... y como
Manuelito Teocaltiche era un niño muy inteligente...

—Manuelito Jojutla quedó viendo absorto su
propio dibujo.

—Ahí estaban, frente a él, aquellos árboles
frondosos que había creado con su propia mano;
la casa vieja con arcos de madera que servía
como estación de ferrocarril. Solamente que en
forma curiosa, por uno de esos hechos
inexplicables que suelen suceder, Manuelito ya
no tenía el viejo caserón enfrente, como en un

sueño se dio cuenta de que se encontraba dentro de la propia construcción mientras que a unos cuantos metros bufaba el tren con sus mal aplacadas ansias de irse a incrustar en los horizontes. Víctima de una inquietud irrefrenable, Manuelito Teocaltiche corrió sobre el andén y de un salto de varios metros —extraño para su edad—, cayó sobre la plataforma de uno de los vagones.

Afuera, en el patio, los niños canturreaban.
“tralará...”

Así fue como Manuelito Teocaltiche empezó a recorrer parajes que antes nada más había imaginado; desde la ventanilla del vagón cubierto de polvo y de distancias en el que viajaba, en medio de aquel traqueteo constante y de un continuo rechinar de metales viejos, vio pasar frente a sus ojos de niño, planicies reseca calcinadas por un sol terco, que dejaba caer sobre ellas sus lenguas de lumbre, en una

forma inclemente y sólo de vez en vez se apreciaban repartidos en aquella extensión sedienta el esqueleto de algún buey o algún burro exterminado por el desierto.

Desde su observatorio en movimiento vio también los suaves valles florecidos en vegetaciones risueñas, rebosantes de aromas diluidos en el aire, como una permanente caricia al olfato y a los bellos pensamientos que éste provocaba.

El trenecito traqueteador cruzó por selvas insospechadas en donde las lianas y los monos se metían por las ventanillas de los vagones y ofrecían entre su propia escandalera, enormes racimos de plátanos a los viajeros. Los animales de la selva asomaban sus ojos entre los follajes para admirar, llenos de algarabía, el paso de aquel trenecito estridente cargado de pasajeros absortos.

El tren deslizó sus vaivenes ruidosos sobre enormes puentes que cruzaban titánicos sobre ríos caudalosos en donde el agua parece que viaja dormida con destino al mar.

Atravesó zonas montañosas; subió por alturas llenas de nieve, en donde los habitantes de esas regiones estornudaban como todo saludo al paso del tren.

Así fueron recorriendo paisajes y diferentes estaciones del año. Pero Manuelito Teocaltiche llevaba una idea fija, un destino preciso para su viaje. El se dirigía al lugar en donde se encuentra el origen de los colores, en donde nacen y en donde está el por qué y el cómo nacen.

Un viejo, experimentado excursionista, que se enteró de las intenciones de Manuelito le ofreció los buenos servicios de su conocimiento y le relató que él sabía de un lugar al que le llamaban Newton, sitio en

donde la gente sabía muchas cosas acerca del origen de las verdades cromáticas.

Aquel excursionista era sapientísimo gracias a los viajes que efectuaba constantemente por todos los rumbos del planeta. El le confió a Manuelito que en el centro mismo del lejano Newton se encontraba un enorme disco en donde los habitantes del lugar depositaban en forma continua sus secretos respecto a todo lo relacionado con la existencia de los colores.

El excursionista, hombre corpulento y de robusta barba, se llamaba Ágil Kilometraje y usaba a la espalda una pesada mochila que no se quitaba ni para dormir. Él le sugirió que si llegaba al centro de Newton y lograba hacer girar aquel enorme disco, probablemente surgiera de ese hecho algún signo que llevara a descubrir el misterio del origen de los colores.

Manuelito Teocaltiche escuchó con atención las palabras de don Ágil Kilometraje y después de haberle agradecido debidamente la valiosa orientación, quedó pensando sobre el asunto durante horas, mientras el tren atravesaba, incansable, los diferentes colores del aire. Se vio llegando hasta el centro de Newton y accionar el enorme disco para arrebatarse a aquellos herméticos ciudadanos el preciado secreto, el origen y el por qué de los colores que nos rodean en el mundo.

Las palabras de don Ágil Kilometraje provocaron en Manuelito Teocaltiche tal inquietud que no se dio cuenta cómo se fueron pasando las horas, quizá los días, quizá los meses y sólo volvió a la realidad de aquel vagón trajinoso cuando la voz aguda del conductor irrumpió en sus pensamientos para anunciar el nombre de la próxima estación: “Newtoooooooooonnnnnnn”.

La ciudad de Newton era una ciudad muy bella, sobre las aceras de sus calles amplias y limpias rebozaban relucientes manzanos; era la ciudad de las manzanas, con la extraña cualidad de que ahí se podían encontrar manzanas cubiertas con los colores más increíbles; había manzanas de todos los colores.

Vivamente motivado por la primera impresión que le causó la ciudad de Newton, Manuelito Teocaltiche vagó durante largo tiempo sobre aquellas avenidas anchas, sombreadas por manzanos; de pronto, en el momento menos esperado, al dar vuelta a una esquina rematada con su respectivo árbol, se encontró con el centro de la ciudad, y en el centro con el enorme disco del que le había hablado don Ágil Kilometraje.

Ahí estaba, en todo su esplendor, la singular plaza de armas, cubierta con manzanos de variado colorido y por encima de los árboles, triunfante en las alturas, el disco, más bello y misterioso aún, que

cómo lo había descrito con sus palabras llenas de entusiasmo don Ágil Kilometraje .

Sobre su eje izado en el alto extremo de un peculiar tronco de manzano estaba montado el grandioso círculo, seccionado por diferentes casillas en las que resplandecían los siguientes colores: rojo, anaranjado, amarillo, verde, azul, añil, y violeta.

Don Ágil Kilometraje la había explicado que entre la casilla pintada de rojo y la de violeta, se encontraban los campos infrarrojos y ultravioletas, conectados con el dispositivo con el que se accionaba el disco desde el piso, hecho que solamente acaecía cada fiesta de año nuevo y para lo que previamente los extranjeros eran expulsados del país por veinticuatro horas. Manuelito pensó en la fecha que era en esos momentos y que para las fiestas de año nuevo faltaba mucho tiempo.

Lo anterior lo llevó a indagar lo necesario para poner en funcionamiento el mecanismo que hacía girar la rueda aquella, lo que debía ocurrir esa misma tarde, a la hora en que se efectuaba tradicionalmente el cambio de vigilancia, como se lo advirtió don Ágil Kilometraje. Manuelito Teocaltiche indagó pormenorizadamente cada paso que debía seguir para lograr que girara el gran disco y leer en esa forma el secreto del origen de los colores.

Invadido por una emoción apenas controlada, esperó pacientemente a que se produjera el cambio de guardia. En el momento en el que se iniciaba la ceremonia, Manuelito Teocaltiche saltó de su escondite y sin que nadie lo pudiera detener se apoderó de la palanca prevista y jaló de ella con fuerza.

El escándalo que se produjo entre los habitantes fue mayúsculo. Los ciudadanos no podían creer que tal acción hubiera sido posible y menos por manos de

un niño. La vida normal de la ciudad se conmocionó. Todo salió de su orden. Enojo y sorpresa se hicieron uno. El disco de los colores giraba arriba, totalmente fuera de su fecha correspondiente.

Ese fue un día insospechado, recordaba Manuelito Teocaltiche recargado sobre la ventanilla del vagón a donde lo había arrojado la ira de los habitantes de Newton, después de firmada el acta de expulsión y de haberse hecho la advertencia de que quedaba imposibilitado para volver a pisar la tierra de las manzanas.

En sus recuerdos Manuelito Teocaltiche reconstruía aquellos momentos de desconcierto público, cuando de los árboles se desprendían cientos, millares de manzanas y el disco giraba como enloquecido en las alturas. “Total, para qué”, meditaba desde su ventanilla Manuelito si finalmente aquel disco girando en lo alto no le había revelado su secreto. Y recordaba lleno de frustración cómo al dar

vueltas, los colores del disco se empezaron a mezclar y en el lugar en donde debería aparecer el “secreto” solamente se dibujó un manchón blanco que iluminó hasta la calle más apartada de la ciudad.

Cavilaba y cavilaba Manuel acerca de lo ocurrido. Un monte se veía a lo lejos, adelante, y el niño cavilaba. Un monte se veía a lo lejos, atrás, y el niño cavilaba. Pasaron cerros y junto con ellos muchísimos postes de telégrafos mientras el niño reconstruía en su mente los pormenores de las últimas horas. Así se diluía el tiempo, entre cavilaciones, cuando de pronto, en el estrecho pasillo del vagón apareció una figura conocida de Manuel, la cara del niño se iluminó por el gusto.

—¡Don Ágil Kilometraje!

—Pero miren a quien me vuelvo a encontrar después de haber comido mi buena ración de sopa de kilómetros!

—¡Qué gusto de volverlo a ver don Ágil Kilometraje!

—Manuelito Teocaltiche —le dijo el hombre de la mochila-, muchas cosas tendrás que platicarme de lo que te haya ocurrido después de la última vez que nos vimos, la vida de los excursionistas está siempre llena de novedades y acontecimientos ... —esto último lo dijo con voz propia del que se está dando inflamada importancia frente a su interlocutor.

—Pues sí, don Ágil Kilometraje ..., han sucedido cosas ...

—Vamos por partes Manuelito Teocalchiste.

—Teocaltiche, don Fácil Kilometraje.

—Bueno, bueno...

—Malo, malo...

—¿Y por qué malo? ¿Se puede saber?

—Porque al final de cuentas no salieron las cosas como las habíamos pensado.

—Bueno...

—Malo ...

—Bueno, pues cuenta —dijo el hombre de la enorme mochila a la espalda.

Manuelito Teocaltiche le hizo a don Ágil Kilometraje relación detallada de lo que había sucedido durante su incursión a la ciudad de Newton y en qué forma le sirvieron las orientaciones que el hombre de la robusta barba le había hecho a su debido tiempo.

También le relató las imágenes de asombro que le rodearon en las calles de la bella pero extraña ciudad. Don Ágil lo escuchaba con una amplia sonrisa que se le extendía por todo el rostro lleno de arrugas y de polvo, mientras pensaba para sus adentros: “Valiente excursionista..., todavía le falta muchos kilómetros por recorrer en la vida ...”.

El niño, posesionado de la palabra le comentó a don Ágil Kilometraje de los medios habilidosos de que se había valido para burlar la vigilancia dispuesta

en torno del gran disco de Newton y cómo en un momento de fortuna logró accionar la palanca para hacer que girara. El excursionista escuchaba satisfecho.

Pero llegó el momento en el que Manuelito tuvo que relatar la desilusión que le produjo el darse cuenta que jamás le arrebataría al disco ningún secreto de los colores, pues una vez que éste se puso a girar en lo alto no emitió ninguno de los signos esperados, alguna señal que llevara al descubrimiento de lo que Manuelito buscaba; nada, lo único que sucedió fue que el disco se fue poniendo blanco y no obstante empezaba a oscurecer, la ciudad se puso clara, como si estuviera justo en la curva solar del mediodía.

—Precisamente —interrumpió don Ágil
Kilometraje.

—¿Precisamente qué? —interrogó Manuel.

—Que de eso se trataba.

—¿De qué cosa?

—De que el disco girara e inundara con su luz blanca todas las cosas, con el fin de que en una luz más intensa que la normal, la luz de la inteligencia, se disolvieran las sombras que envuelven los secretos más oscuros.

- Sí —repuso Manuelito Teocaltiche-, pero no hubo tiempo para nada de eso, porque...

Conversando llegaron hasta el punto en donde se encontraban en ese momento mientras don Ágil Kilometraje pensaba en qué otra forma podía existir para que aquel niño lleno de interrogantes pudiera llegar al centro del secreto que tanto le inquietaba.

Pensando, pensando, el rostro de los dos personajes empezó a ponerse oscuro, oscuro se puso el aire que respiraban, y a los pocos minutos una fuerte tormenta se acomodó en el paisaje que se deslizaba por las ventanillas.

Después de la tormenta quedó una leve llovizna apoderada del espacio mientras se aclaraba poco a poco el ambiente, los rostros y hasta las palabras que se pronunciaban. No obstante que la llovizna persistía, el sol reclamaba también su sitio en una inmensa parte de aquel paisaje. La mirada de Ágil Kilometraje hurgaba la lejanía. De pronto pareció como que desde muy lejos había vuelto hacia sí mismo.

El arco-iris —le dijo sobresaltado a Manuelito Teocaltiche, quien se le quedó viendo con extrañeza.

Sí, sí, el arco-iris —insistió frente a la cara absorta de su oyente-. ¿Lo ves, lo ves allá a lo lejos? Pues hay que llegar hasta allá; hay que llegar hasta donde nace el arco-iris, y ahí seguramente encontrarás el lugar en donde nacen los colores, ahí encontrarás la solución que has estado buscando.

Manuelito miró asombrado a su amigo, ¡era cierto! Tal hallazgo de don Ágil se constituía en la

probabilidad más cercana de conocer el origen y la razón de los colores; con ese conocimiento el hombre estaría más apto para comprender su mundo.

Manuelito esperó con su amigo a que apareciera el conductor del tren para solicitar un boleto con destino al sitio en donde nace el arco-iris o sea, atrás de la serranía azul, desde donde se desprende su extremo izquierdo para describir una policromada curva por el cielo.

Don Ágil Kilometraje no lo quiso acompañar en la nueva aventura arguyendo que le urgía estar en otra parte por lo que tendría que transbordar en la próxima estación. Su pretexto fue que en ese momento se iniciaba en los estudios de un grupo de individuos, que decidió fundar su ciudad capital en el centro mismo de una laguna, a más de dos mil metros sobre el nivel del mar. ¡Habrased visto cosa semejante!

Así fue como Manuelito Teocaltiche siguió solo su camino con otro buen racimo de consejos y orientaciones que don Ágil Kilometraje había sacado solícito de su mochila, para que le sirvieran al niño en su nuevo viaje.

El tren traqueteaba sobre los rieles y allá, en el cielo humedecido por la llovizna, los colores del arco-iris eran cada vez más nítidos y a través de ellos se risoteaban los rayos del sol. Lentamente fue siendo lenta-domi, lenta-nada la llanura hasta alcanzar los primeros cerros azules que de pronto se tornaron verdes.

El lugar en donde nace el arco-iris se acercaba inexorablemente mientras la emoción de Manuel aumentaba y prácticamente ya no cabía en el interior de los vagones.

Después de cerrar el rodeo de una abrupta montaña se escuchó nuevamente la voz aguda del

conductor: “la tierra en donde nace el arco-
iriiiiiiiiissss...”

Manuel Teocaltiche ni siquiera esperó a que el tren se detuviera totalmente, lleno de ansia dio un salto sobre el andén y emprendió una veloz caminata en dirección a donde veía que se alzaban aquellas enormes columnas de diferentes colores que se curvaban arriba, como la cola de un coloso pavo-real aéreo.

No supo ni cómo trascendió las calles cercanas a la estación; era tanta su prisa que en un suspiro cruzó la calle principal del nuevo lugar al que había llegado y en un momento se vio caminando hacia las casas en donde finalizaba el poblado; atrás de ellas, sujeta en el aire, permanecía la gruesa columna formada por una rica gama de tonalidades.

Más allá de la últimas casas, entre ramajes formados por sauces y pirules, Manuelito Teocaltiche

vio cómo se desvanecía ante sus ojos, cómo se hacía un final de aire y agua lo que debería ser un principio. Se percató de que lo que venía persiguiendo desde muchos kilómetros atrás solamente era el producto de una ilusión óptica creada por la llovizna y los refractados rayos solares.

No había más secreto qué buscar ahí, que el que se diluía ante su mirada; la mágica columna no era más que una volátil masa de aire, agua y sol que así reunida producía la ilusión de los colores. Pensó entonces en don Ágil Kilometraje..., nomás que lo vuelva a ver...”.

Contempló desilusionado cómo el principio del arco-iris se convertía en el final, volviéndose totalmente invisible entre las ramas de los pirules y los sauces, y comprendió por qué se reían en el cielo los rayos del sol cuando los había visto desde su ventanilla del vagón tejerse con la llovizna.

Descorazonado una vez más, Manuelito Teocaltiche descaminó lo andado, más bien lo corrido, y llegó a la estación del ferrocarril a esperar el paso de un nuevo tren, con la esperanza de encontrarse a don Ágil Kilometraje y espetarle unas cuantas verdades.

Manuelito no encontró en el nuevo tren a don Ágil Kilometraje, pero vivió, eso sí, a través de su ventanilla muy otros paisajes que le despertaron la imaginación y le hicieron concebir renovadas esperanzas y deseos de prolongar su recorrido; cruzó tierras frías y tierras cálidas, siempre con la vista bien abierta a las diferentes probabilidades que se le presentaran.

En el valle del Tepozteco se sintió invadido por esa atmósfera mágica, casi extraterrestre que predomina en el lugar. Encima del traqueteo rodante del tren cruzó la Sierra del Ajusco y desde allí pudo contemplar una ciudad tan extensa que estaba fuera

de toda posible descripción. “Quizá ahí es donde se encuentra don Ágil Kilometraje efectuando sus estudios”, pensó el infante viajero y se dejó llevar por el tren en que viajaba, hasta los límites de aquella gran urbe.

Manuel Teocaltiche recorrió asombrado aquellas grandes avenidas transitadas por veloces estridencias. De pronto se detuvo, totalmente fuera de sí, boquiabierto, paralizado por la intensa emoción que de él se había apoderado.

No, no tenía enfrente a don Ágil Kilometraje, lo que enfrente tenía era, por fin, la respuesta que tanto había estado buscando, la solución del gran misterio, el origen de los colores.

El origen de los colores se encontraba ahí, frente a él, plasmado en un enorme muro en donde las figuras pintadas con los tonos más vivos, palpitaban y se movían frente a sus ojos, despertándole verdades

que habían vivido ocultas en él, quién sabe desde cuando, quizá desde antes de que él mismo naciera. “¡Ahí está! ¡Ahí está!”, gritó fuera de sí.

“Ahí está el origen de los colores! ¡Ahí está el principio y el final del misterio! ¡Aquí es donde nacen los colores que hablan!”.

Se quedó absorto, largo, larguísimo rato, con la boca abierta, sin percatarse de que desde un principio, un hombre de mirada tierna, bondadosa lo había estado observando. El hombre se acercó, Manuelito al mirarlo solamente atinó a señalarle el muro, pero no pudo articular palabra alguna. El hombre de la mirada tierna le habló.

—No, no te equivoques, ese no es el origen de los colores.

—No puede ser otro —respondió Manuel—, he recorrido ya mucha distancia buscando el origen de

los colores y estoy cierto de que por fin he dado con él.

—Te digo que no —le dijo el hombre de la mirada tierna-, yo te voy a enseñar el verdadero origen de los colores. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Manuel Teocaltiche ¿Y usted?

—Yo soy el pintor Siqueiros —respondió el hombre de la mirada tierna y echó a caminar por las calles llevando de la mano al niño deslumbrado.

En su largo recorrido Manuel Teocaltiche vio cómo los colores nacían de aquellas tunas coloradas, redondas, que adornaban los mercados; cómo se levantaban los colores de los cempazúchiles que pintaban de amarillo el día; cómo se encendían en los rostros de la gente que a esa hora hacía su trabajo; cómo resplandecían en las caras del enojo y en las del contento; cómo iluminaban las casas de la gente y parpadeaban en los anuncios de gas neón; cómo reían en los papeles de china que adornaban las fiestas en los barrios, cómo tomaban los tonos del bullicio o de

la sangre. “El origen de los colores está aquí, en el pueblo”, le explicó por último el hombre de la mirada tierna.

Manuelito Teocaltiche retornó a bordo de un tren ya no polvoso, en un tren recientemente pintado con colores nuevos. Al llegar a su destino, Manuelito Jojutla saltó gustoso del trenecito recién pintado; contempló achicándose la cada vez más lejana casa de la estación; miró hacia todos lados, saltó de la hoja de papel y una vez ubicado de nuevo en la sala de su casa miró al abuelo profundamente dormido.

—Abuelo, abuelito –dijo a su abuelo jalándole alegre de un brazo hasta despertarlo-, no duermas abuelo ¿Qué no oyes cómo cantan los niños en el patio? Tralará- tralará- tralaralaralará; despierta abuelo que esa no es música para dormir, es música para charlar.

Finale

COLORINES

Mi cuerpo es transparente y ligero; nadie me puede ver ni tocar y sin embargo, mi presencia inquieta hasta a las personas más circunspectas, a los secos y sombríos. De mí puedo decir que poseo la facultad de volar hacia todos los rumbos, por tanto, me encuentro en cualquier rincón o en las espirales que el viento describe en el espacio aéreo.

Estoy en todos los sitios y muchas veces me meto en la vida de la gente sin que nadie me invite. Qué punto existe —quisiera que me dijeran—, en el que en un momento dado no llegue con mi cuerpo volátil.

Como se comprenderá, en tales condiciones puedo ver y escuchar las cosas y los asuntos de este

mundo; no hay algo de lo que no esté enterado pues con mi forma que se acomoda en cualquier parte comparto de alegrías, tristezas, recuerdos y esperanzas de los demás. Mi facultad para introducirme por las ventanas, colarme por las rendijas y hasta por los pequeños orificios de las cerraduras, me permite crecer después para que termine apoderándome del cielo, la tierra y de todo lugar.

Soy, pues, alguien para quien no existen barreras y qué bueno, porque en esa forma puedo llegar hasta los sentimientos de la gente, relatarles la historia de nuestros antepasados y despertar los más encontrados sentimientos.

Tengo que confesar que por las noches me resbalo suavemente, a veces con la complicidad de las sombras, pero en otras ocasiones, en medio de luces triunfantes, me aparezco de pronto para hablar de mis cosas, de lo que he venido recogiendo pacientemente

a través del tiempo y de las distancias geográficas, sobre las que he transitado incansablemente.

Las paredes y los cristales me conocen muy bien, pues sobre de ellos me deslizo en forma sigilosa cuando no deseo que mi presencia se manifieste de manera brusca.

También adquiero las actitudes violentas de las tempestades cuando de eso se trata, y entonces hago estremecer los corazones más duros. ¡Ay de los demás si decido llorar!; felices todos si dispongo reír y no he de hablar del miedo con el que invado las conciencias, si mi voz acude a expresiones de terror.

El ser invisible me conviene, porque en esa forma puedo convivir directamente con todos e influir en ellos sin que muchas veces se lleguen a percatar siquiera de mi cercanía. Cuántos en el mundo quisieran ser así como yo, invisible, transparente,

poderse colar por las cerraduras de las puertas y las rendijas de las ventanas..., y en las del alma ...

Sobre todo en las del alma..., pero eso sólo está destinado a mí, para que con mis dedos largos, largos y etéreos, toque a la gente y le provoque miedo o alegría. Soy pues, una especie de duende que está en todas partes, que puede colarse en donde sea y que por lo mismo todo lo ve y todo lo oye.

Así, con esta característica muy mía de poder estar y acomodarme en cualquier sitio, cómo me gusta divertirme enredándome entre los colorines que adornan la claridad del día.

Soy feliz cuando me enredo entre esos puntitos rojos que se mecen al tocarlos el aire. Los mayores utilizan las semillas de los colorines para hacer largos collares de bolitas encarnadas. Los niños, por su parte, usan las flores, que tienen forma de pequeños cuchillos, como silbatos que al producir un largo

fuuuuuuu fuuuuuuu se convierten en uno de mis alimentos favoritos.

Por eso, gracias a mi afición de pasearme bajo su sombra, entre las ramas de esos árboles de frutos y flores de color rojo, me pude enterar de aquella reunión que bajo los colorines sostuvo el poeta García Lorca con los seres del barrio. Era de verse aquella tropa formada con los más diversos tamaños; cómo permanecía atenta frente al hombre de mirada tierna y palabras llenas de flores.

El poeta les explicaba a los niños quién había sido don Silvestre y para ello les hablaba de las fechas aquellas, en las que don Silvestre vivió en “El fuerte del Palmar”, un enorme edificio en el que habitaban 48 familias, entre las calles de Herros y Carroceros, en pleno barrio mexicano. Se fue a vivir a uno de los departamentos que ocupaba el organista José Contreras, hombre lleno de hijos y de gran pobreza.

Ahí don Silvestre convivió con los niños, no sólo con los muchos de Contreras, sino con todos los que pululaban en el vecindario y fue un gran amigo de ellos.

Les contaba bonitas historias, llenas de regocijo, y como era músico, les componía canciones para que las silbaran y cantaran durante las rondas infantiles.

Don Silvestre era de cuerpo grande, grueso y de cara redonda y amable, la cabeza era una enorme cabellera alborotada, y en sus ojos brillaba esa bondad tan propia de él, que crecía cuando les enseñaba a los niños nuevas historias y les entonaba nuevas piezas musicales.

Amaba a los niños, y es que él mismo era un niño grandote, como lo decían su mirada y la ternura con la que veía las cosas de la vida.

Los niños del barrio lo seguían con admiración y cariño esperando el momento en el que se desprendiera de sus labios todo aquel torrente de sueños, que iba cargando en su voluminoso cuerpo y que guardaba para enriquecer con ello las risas infantiles.

Yo también gozaba mucho, cuando a escondidas, sin que nadie me viera, me acercaba a escuchar aquellas fantasías nacidas de la imaginación de este personaje lleno de dulzura.

A la sombra de los colorines el poeta relataba a sus pequeños escuchas, muchos momentos de la vida de don Silvestre. Como cuando en una ocasión ciertos titiriteros instalaron una carpa de barriada justo enfrente de “El Fuerte del Palmar”. La carpa se llenaba todas las noches de niños, pero tampoco faltaban a las funciones ni don Silvestre, ni sus amigos Contreras.

Una de tantas noches don Silvestre y sus amigos se subieron al pequeño escenario y formaron parte del elenco. Fue tal el éxito –comentaba el poeta-, que el dueño de la carpa, un señor de apellido Soria, los invitó a que colaboraran con él cada ocho días y por lo tanto, anunciaba en un gran cartel puesto en la entrada de la carpa: “Hoy. Función extraordinaria. En escena el maestro don Silvestre con Los Hermanos Contreras”.

El Viejo Soria atraído por aquellos momentos de comicidad ni siquiera se imaginaba que don Silvestre era un gran músico, que componía impresionantes obras sinfónicas inspiradas en su pueblo y en los niños de su barrio.

También les contó el poeta García Lorca que una vez los Contreras y su amigo don Silvestre crearon los “conciertos en forma rara”, que consistían en piezas ejecutadas por medio de los más increíbles instrumentos, es decir, palos habilitados con mecates

zumbadores, pedazos de tubos que pasaban a formar parte de la sección de alientos de tan extraña orquesta; cafeteras que contribuían con estridencias metálicas, un antiguo sillón que servía de timbal y cacerolas viejas junto a recipientes cargados con frijoles u otros granos y que tenían asignada la noble función que cubren las maracas en cualquier grupo musical.

Don Silvestre era el director del conjunto sinfónico y con todos los ejecutantes se armaba una escandalera que estremecía de gozo a los niños del barrio, siempre puntuales en el concierto, pero invadía de enojo a los inquilinos del resto de los departamentos de “El Fuerte del Palmar”. Por ello el propietario del edificio se acercó en cierta ocasión al departamento de los Contreras y los invitó, en actitud contraria a lo que la gente conoce como amabilidad, a que se fueran “con su música a otra parte”.

Pero los niños querían mucho a Don Silvestre y don Silvestre a los niños, por eso los “conciertos en

forma rara” siguieron llenando de vida las calles de aquel rumbo de la ciudad.

Los niños eran felices. Don Silvestre también. Pero un día don Silvestre se tuvo que despedir para siempre. Murió víctima de pulmonía aguda después de una noche en la que trató de cubrir con su saco, a un osito que bailaba al ritmo de un pandero, sobre los prados de un parque público.

El poeta explicó estas cosas debajo de los colorines y les propuso a los pequeños que le rodeaban que entre todos contribuyeran para hacer una obra musical en honor a aquel hombre que tanto había amado la vida. De inmediato se formó una Comisión encargada de recolectar los sonidos necesarios para el montaje de la gran obra. El poeta quedó al frente de la Comisión.

Primeramente se entrevistaron con Pepito Pesos y Centavos, hijo de don Banquero Pesos y Pesotes. El poeta le pidió:

*—Verde que te quiero verde,
rojo que te quiero amor,
¿no me das un sonidito
para hacer una canción?*

—¿Daaaaaarrrrr? —respondió Pepito Pesos y Centavos—. ¿Darles yo algo? ¿No se dan cuenta de lo que están pidiendo?, por eso la humanidad no progresa, porque no saben cuidar sus pertenencias. ¿Dar por dar? ¿Con quién creen que están hablando? No amigos, nada de eso, lo único que les voy a dar es mi largo silencio, y ya lo pueden ir utilizando si les sirve para algo.

Los que escucharon esta respuesta se pusieron tristes, cosa que no sucedió ni con los colorines, cuyas ramas se siguieron moviendo con alegría, ni con el

poeta, quien recibió con gusto lo que Pepito Pesos y Centavos les había dado y ni conmigo, he de confesarlo.

Sin que nadie me viera, bueno, el poeta bien que sabía de mí y de mis movimientos, tomé el silencio de Pepito y lo metí adentro de mi bolsa transparente. Entonces la Comisión se encontró con el Renacuajo Paseador y el poeta preguntó a éste:

—*Verde que te quiero verde,
rojo que te quiero amor,
¿no me das un sonidito
Para hacer una canción?*

El Renacuajo Paseador respondió al instante con un melodioso croa croa que parecía salir de la garganta metálica de un brillante trombón. Yo recogí el sonido y rápidamente lo eché al fondo de mi bolsa transparente. La Comisión se dirigió entonces a la compañía de ópera en donde ensayaban gorgoreadas

el Pato Cua Cuá y el Canario Pitirripipí. Los dos acogieron con entusiasmo la idea de hacer una gran obra en homenaje a Don Silvestre y prestaron sus voces para el proyecto: Pitirripipí Cua Cuá, Pitirripipí Cua Cuá, Pitirripipí Cua Cuá Cua ... Cua ... Cua ... Cuaaaaa...

El Renacuajo Paseador, el Pato Cua Cuá, el Canario Pitirripipí y el resto de la Comisión hablaron entonces con don Tecolote. El poeta García Lorca le preguntó:

*—Verde que te quiero verde,
rojo que te quiero amor,
¿no me das un sonidito
para hacer una canción?*

El señor don Tecolote respondió: Uúhhhh uúhhhh uúhhhhh uúhhhh, igual que canta cuando nacen los niños con los ojos resplandecientes como la luna. Más tarde se encontraron con Panchito Teutle y con la

risueña cara de alcancía del cochinito Koing. Ambos se mostraron felices con el proyecto y de inmediato contribuyeron con un sonoro Pin Tín, Pin Tín, Pin Tín, Pin Tín. La Comisión se entrevistó entonces con Juanito Pescador, un niño con ojos de nostalgia que había llegado de la laguna de Pátzcuaro. El poeta le hizo la misma pregunta:

—*Verde que te quiero verde,
rojo que te quiero amor,
¿no me das un sonidito
para hacer una canción?*

Juanito Pescador aportó con gusto el Chas Chas que hacen las redes y los remos de las embarcaciones, que se confabulan con la luna para capturar los suspiros en forma de pedacitos blancos de una princesa purépecha que habita en el fondo del agua. Yo, discretamente, guardé el sonido en mi bolsa invisible. El renacuajo Paseador, el Pato Cua Cuá, el Canario Pitiripipí, el señor don Tecolote, Panchito

Teutle, el Cochinito Koing, Juanito Pescador y el resto la Comisión, se dirigieron a ver al niño Crispín, un pequeño personaje de pelos parados como alambres, sobre los que ni el viento se atrevía a pasar para no rasgarse la piel aérea. El niño Crispín, rodeado de misterio, les dio un tras tras tras tras, que nadie supo de dónde había sacado, pero que castañueleaba como los dientes de unas mandíbulas con frío; ah, pero eso sí, con mucho sentido musical. La comisión se entrevistó después con Manuelito Jojutla; el poeta le hizo la misma pregunta;

—*Verde que te quiero verde,
rojo que te quiero amor,
¿no me das un sonidito
para hacer una canción?*

—Manuelito Jojutla aportó el Tralará-tralará-tralaralaralará, con el que los niños le ponían todas las tardes música de fondo a las charlas del abuelo, quien conocía tantos secretos del tiempo y las distancias.

Finalmente se pidió la colaboración de Juvencio y Juvencita Altagracia:

*—Verde que te quiero verde,
rojo que te quiero amor,
¿no me das un sonidito
para hacer una canción?*

—Juvencio y Juvencita Altagracia respondieron con entusiasmo y entregaron a la comisión unos sonidos que habían traído de su reciente viaje por la Selva del Sur y que así decían: Tza tza tzá tza tza tzá Tun-Kul Tun-Kul Tun-Kul Tun-Kul, Tza tza tzá tza tza tzá, Tun-Kul Tun-Kul Tun-Kul Tun-Kul. Yo por mi parte, volví a alimentar con prisa mi bolsa invisible.

Ya estaba todo listo para el gran homenaje a Don Silvestre. A la batuta —por decisión democrática—, estaría la bella Metzli, la linda hija de la luna, porque

también las mujeres pueden ser buenas directoras de orquesta. Y así se hizo.

La obra comenzó con un grupo de niños soplando las flores de los colorines, convertidas en silbato: fuuuuuu fuuuuuu para darle entrada a los versos del poeta: “verde que te quiero verde, rojo que te quiero amor...” La obra estallaba jubilosa llevando como fondo el ronco trombón que repetía rítmico: Croa Croa Croa Croa y el acento grave de don Tecolote: Uúhhhh uúhhhh uúhhhh uúhhhh.

—Las notas agudas dibujaban diferentes melodías apoyadas en el timbre que repetía: Pin-tín, pin -tín, pin -tín, pin -tín, enmarcando un emotivo chas chas chas chas con el que Juanito Pescador imitaba el ruido de los remos hundiéndose en la Laguna de Pátzcuaro.

En la sección de los ritmos, el niño Crispín producía un insistente: Tras tras tras tras, y Manuelito

Jojutla sumaba un nuevo tema melódico con el coro de los niños que emitía un vibrante: Tralará-tralará-tralaralaralará. Otra parte de las percusiones se ocupaban en esta forma: Tza tza tzá tza tza tzá Tun-Kul Tun-Kul Tun-Kul Tun-Kul...

Fue una sinfonía inolvidable. Las calles se llenaron de sonoridades y parecía como si los sonidos, a cada nueva vibración, repitieran el nombre: Silvestre Silvestre Silvestre. La batuta de la bella Metztli dirigía aquel coro de maravillas y la orquesta alcanzaba su máximo apogeo: Croa, croa, croa, croa, tralará tralará-tralará-laralará, pin-tín, pin-tín, pin-tín, pin-tín, croa, croa, croa, croa, croa, tza tza tzá tza tza tzá, tun- kul tun-kul tun- kul, uúhhhh uúhhhh uúhhhh uúhhhh, fuuiiiii fuuiiiii, tun- kul tun-kul tun- kul tun-kul, croa, croa, croa, croa, pin-tín, pin -tín, pin -tín, pin -tín, tralará tralará-tralará-laralará, croa, croa, croa, croa, tun- kul tun-kul tun- kul tun-kul, tras tras tras tras, tralará tralará-tralaralaralará, tras tras tras tras, chas chas chas chas, croa, croa, croa, croa,

pitirripí cua cuá, pitirripipí cua cuá, pitirripipí cua
cuá, pitirripipí cua cuá, cuá cua ... cua ..., cua ..., cua
..., cuaaaaaaaa...

Los colorines estaban encendidos como nunca.

Todos estuvieron presentes en este sinfónico homenaje que el poeta García Lorca y un alegre grupo de personajes realizaron en memoria de los ensueños de don Silvestre, hasta Pepito Pesos y Centavos, quien involuntariamente había contribuido con su silencio, pues hay que recordar que la música se compone de sonidos y silencios, y esto lo digo yo, quien en todas partes estoy con mi cuerpo invisible, eso lo digo yo, que soy la música y que ahora he llegado al momento en que debo guardar silencio...

ÍNDICE

ALLEGRO

EL RENACUAJO PASEADOR

DUO PARA PATO Y CANARIO

EL TECOLOTE

JANITZIO

ALCANCIAS

ALLEGRO MA NON TROPPO

BAJO EL SIGNO DE LA MUERTE

ANDANTINO

SENSEMAYA

MÚSICA PARA CHARLAR

FINALE

COLORINES

“Los ensueños de Don Silvestre” le hubieran hecho batir palmas al compositor Revueltas, ya que son relatos que entran en su tesitura emocional, en su travesura natural.

Ese niño que llevó dentro cuarenta años, cuyos primeros amores fueron: el cielo, el agua y la montaña, se hubiera sentado en torno a *Roberto López Moreno* —junto con otros niños —para escucharle contar historias de renacuajos, patos y canarios, tecolotes y culebras ...

Le pediría más y más sobre huchas primorosamente decoradas, sobre Juanito Pescador en sus aventuras por la isla de Janitzio y, al anochecer, con un poco de miedo, una más sobre la historia de Crispín y la señora Muerte.

¡Cuéntame más...! Diría antes de caer en el profundo sueño evocador de la orquestita de pueblo dando serenata en la plaza, de su madre (que deseó siempre tener un hijo artista),

o de los tamborazos en una tina de baño soñando cuentos, imitando sonidos que, después, con vertiría en frescos sonoros...

López Moreno ha capturado en esos relatos para gente menuda, de todas las edades, el corazón de Silvestre; ha captado su hondura sentimental, el desasosiego, el amor que el gran músico sintió por su pueblo, por el hombre, por la gente sencilla y profunda, heredera de tanta grandeza. “Los ensueños de Don Silvestre” son un claro testimonio de ello.

Juan Helguera